La conquista del ESPACIO

MISION EN OULAX

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Tenía el tamaño de un asteroide de regulares proporciones, pero era metálico y no reflejaba la luz del sol que lo alumbraba. Su tono mate formaba una esfera de mil kilómetros de diámetro, perfecta excepto en sus polos, de donde surgían ligeras protuberancias.



A. Thorkent

Misión en Oulax

Bolsilibros: La conquista del espacio - 140

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MISIÓN EN OULAX

A. THORKENT

1

Tenía el tamaño de un asteroide de regulares proporciones, pero era metálico y no reflejaba la luz del sol que lo alumbraba. Su tono mate formaba una esfera de mil kilómetros de diámetro, perfecta excepto en sus polos, de donde surgían ligeras protuberancias.

El más neófito de los observadores, situado incluso a una distancia de diez mil kilómetros y a simple vista, no hubiera dudado en asegurar que se trataba de un planetoide artificial, construido por seres inteligentes. Pero para realizar tal aseveración hubiera sido preciso que estuviera situado en una nave estelar, cosa que no habría podido ocurrir porque ningún vehículo podía acercarse lo suficiente al planetoide artificial sin el consentimiento de sus ocupantes. Disponía de medios suficientes para detectar cualquier nave que se aproximara a menos de mil millones de kilómetros y destruirla en pocas horas si no se identificaba convenientemente.

Cuando la unidad de exploración del Orden surgió del hiperespacio y se materializó en el vacío normal, su distancia del planetoide artificial era poco menos de mil kilómetros. También era esférica, pero de mucho menor tamaño, aunque comparativamente con otros navíos estelares, incluso los grandes transportes civiles, la unidad era considerada como enorme, muy superior en tonelaje.

Pero su llegada estaba prevista por los ocupantes del planetoide de metal. Es más, la esperaban. Su jefe, el mariscal Stonehen, había requerido la presencia de la unidad exploradora *Silente*, ordenando su presencia en la base y obligándola a efectuar un salto por el hiperespacio de más de cuarenta *parsecs*.

—Bien —dijo la comandante Cooper, mirando la base reflejada en la gran pantalla que llenaba un panel del puente de mando—. Ya estamos aquí. ¿Qué supones que querrá de nosotros el mariscal?

Su compañero en el mando de la nave, además de serlo

íntimamente en la vida familiar por contrato matrimonial, realizó un gesto ambiguo de ignorancia.

—Lo ignoro, Alice —dijo Adan Villagran—. Espero que Stonehen tendrá sus razones para hacernos venir de tan lejos. Me pregunto por qué no utilizó la conexión láser para indicarnos sus instrucciones.

—Es posible que nuestro próximo destino esté cerca de este sector. Si de todas formas teníamos que pasar por aquí…

—¿Será algo relacionado con el asunto que resolvimos en Arkand?

—No creo. Aquello quedó en manos de las brigadas colonizadoras. Los que explotaban a los nativos quedaron suprimidos definitivamente y el planeta ya estará ahora descontaminado de sus últimos restos radiactivos.

Las modernas unidades exploradoras del Orden llevaban siempre dos jefes, debido a la complejidad de la nave y el elevado número de hombres y armamentos que disponían, además del gran campo de acción que tenían que abarcar. Las personalidades de éstos eran analizadas y comprobadas para que siempre estuvieran en perfecta armonía y la ayuda mutua fuera total. Aquel sistema, aunque reciente, ya había demostrado que era ideal.

Usualmente los dos comandantes no ocupaban sus sitios simultáneamente en el puente de mando, a no ser que, como en aquella ocasión, decidieran hacerlo ante la inminente entrada en una de las bases primarias para presentarse ante la autoridad de un almirante.

Desde su posición dominaban todo el puente y tenían a su alcance los elementos adecuados para gobernar la gigantesca nave. Sentados en cómodos sillones, tenían delante de sí paneles gemelos. En aquel momento sólo el de Adan estaba conectado y de él surgió la voz del capitán Kelemen, quien anunció:

—Penetraremos en la base Primaria

JH

en cinco minutos.

—Bien, capitán Kelemen. La capitán Cooper y yo iremos de inmediato a presentarnos al almirante. La capitán Le-Loux quedará al mando de la unidad mientras nos ausentemos.

—Bien, comandante Villagran.

Por la pantalla vieron cómo la base terminó de ocupar todo su perímetro. A medida que se iban acercando al planetoide de metal, pudieron observar que su superficie no era todo lo lisa que pudieran pensar viéndola a gran distancia. Toda ella estaba erizada de compuertas, cañones atomizadores y otros medios de defensa.

Una de las grandes compuertas se abrió ante ellos, ofreciéndoles un túnel inundado de una luz escarlata. La *Silente* penetró en él y flotó en el aire por unos segundos, tiempo que necesitó en recorrerlo hasta detenerse en su final. Entonces quedó anclada sobre unos pivotes de acero. Detrás de la nave se cerró la compuerta y el túnel fue inundado de aire. Entonces, delante se abrió como una flor una gran abertura. Inmediatamente la luz escarlata fue cambiada por otra azul, que fue perdiendo intensidad hasta convertirse en blanca.

Adan se levantó y ofreció su mano a Alice. La mujer sonrió complacida.

—Eres muy amable. Pero será mejor que no hagas tales cosas delante del almirante. Será un viejo que no esté conforme con los nuevos sistemas de gobierno de las unidades exploradoras.

—Pues lo primero que le diré es que no solamente gobernamos la unidad juntos, sino que dormimos en el mismo camarote.

—De todas formas será mejor no tocar el tema si no es preciso. ¿Acaso conoces a Stonehen?

Adan se encogió de hombros.

—Nunca le vi ni siquiera en imagen.

Bajaron de la elevada posición. Por el rabillo del ojo, Adan observó cómo su compañera se componía su uniforme negro y plata. Sonrió para sí, pensando que pese a ser toda una comandante, no dejaba de ser mujer. De lo cual, por supuesto, se alegraba.

La capitán Le-Loux les salió al encuentro. Comunicó que todo estaba en perfecto orden y les acompañó hasta la salida. La compuerta principal de la *Silente* ya estaba abierta y el centinela armado colocado en su sitio. Era una atávica costumbre castrense que se seguía respetando.

—¿Se dará permiso al personal libre de servicio, comandante Cooper? —aquel día estaba de servicio Alice y a ella dirigió Le-Loux la pregunta.

—Ignoramos cuáles pueden ser las instrucciones del almirante.

Ya comunicaremos si nos quedamos aquí varios días.

Fuera de la nave les aguardaba un oficial de la base. Era un coronel, humanoide de Casiopea. Sólo el tinte verdoso de su piel lo diferenciaba de un humano puro, amén de sus romas orejas.

Alice y Adan se cuadraron ante él. El coronel respondió al saludo y dijo:

—El mariscal Stonehen les aguarda, señores. Suban aquí, por favor.

E indicó un vehículo deslizante detenido a pocos metros de ellos. La cabina trasera era amplia y en ella se acomodaron. Rápidamente, el coronel insertó una orden en el mando automático y el coche se puso en marcha. Adquirió velocidad rápidamente y cruzó relampagueante el tubo de circulación.

El coronel no volvió a abrir la boca los minutos que duró el viaje. El vehículo perdió velocidad, hasta detenerse delante de una puerta silícea. Cuando descendieron, ésta se desmaterializó y entraron en un corredor amplio, de decoración espartana, pero agradable a la vista. Al pisar el suelo éste cobró vida y los condujo suavemente hasta el final.

Penetraron en una estancia de grandes dimensiones, al fondo de la cual sólo había una larga mesa de cristal y acero. Y detrás de ella un hombre sentado, mirándolos.

El coronel retrocedió hasta la salida mientras que Alice y Adan avanzaban hasta la mesa. Se detuvieron dos metros antes de llegar a ella y permanecieron firmes.

El hombre sentado detrás de la vítrea mesa hizo un ademán y dos asientos surgieron del suelo; indicó en silencio a los recién llegados que se sentasen.

—Celebro verles. Bienvenidos a la base Primaria

JH

—dijo el mariscal Stonehen.

—Gracias, señor. Hemos venido tan pronto como recibimos su orden.

—Tal vez se preguntarán por qué no recibieron instrucciones más concretas por conexión del láser —dijo Stonehen—. Enseguida comprenderán mis razones. Ustedes eran la única unidad disponible que tenía en un amplio sector estelar. Forzosamente tenían que pasar cerca de la base para dirigirse al lugar donde deseo que

vayan. Por lo tanto, decidí comunicarles personalmente lo que el Orden desea de ustedes y sus hombres.

El mariscal movió un mando oculto en su mesa y la pared que tenía detrás se iluminó, mostrando un extenso mapa estelar. Una zona de él, al contrario que el resto, estaba iluminada de amarillo intenso.

—¿Saben qué zona es ésta? —preguntó. Alice no dudó en responder:

—Creo que es la llamada Oulax, recientemente abierta por el Orden. Compone un conjunto de sistemas planetarios densamente poblados.

—Exactamente —asintió el mariscal. Miró a Adan y le preguntó —: ¿Qué podría añadir usted a las palabras de su colega, comandante Villagran?

—Poco más. Tengo entendido que esa zona está dando mucho trabajo al Orden. Durante muchos años estuvo sumida en el caos. Aunque nunca perdió totalmente la civilización heredada de la primera Era, cundía en ella la anarquía. Hubo guerras, aniquilaciones de poblaciones, esclavitud, piratería, etc. También creo que muchos ciudadanos del Orden se aprovecharon de tales circunstancias últimamente para llevar a cabo expoliaciones en diversas comunidades pacíficas.

—Así es. Hemos logrado poner un poco de paz en esos planetas —asintió el mariscal—. Pero aún existen piratas. Pero no vamos a ocuparnos ahora de ellos. En varios planetas nos hemos encontrado con testimonios de crímenes perpetrados por ciudadanos del Orden y cometidos antes de nuestra llegada. Es deseo del alto mando que estos crímenes no queden impunes. Naturalmente no podemos ocuparnos de todos. Pero se cometieron algunos de tal envergadura que no podemos permitir que los causantes sigan libres. Algunos hechos conmovieron a las comunidades más salvajes. Hemos elegido los casos más importantes. Y al serme confiada esta misión, señores, he decidido que una nave exploradora se ocupe del quizá más grande criminal de la historia. Les tengo reservada la caza y captura del hombre que tiene sobre sus espaldas la acusación de haber asesinado a diez millones de seres.

Adan y Alice se miraron altamente sorprendidos. El hombre preguntó al mariscal:

—¿No es demasiado que una unidad se ocupe de estos casos, señor?

—No lo estimo así. Necesitamos capturar a quienes durante lustros, aprovechando nuestra ausencia de Oulax, robaron y asesinaron. Debemos demostrar a esos planetas que con la llegada del Orden tal estado de cosas terminó. Pero además precisamos apresar a varios culpables. En la zona de Oulax disponemos ya de personal especializado que está investigando cada caso. Creemos que dentro de poco tendremos a nuestra disposición los datos precisos acerca de los que cometieron los desmanes. Ustedes han demostrado en diversas misiones que están capacitados para enfrentarse a los problemas que nos causan los Mundos Olvidados recientemente incorporados al Orden. Tomarán el mando del sector Oulax y dispondrán de total libertad para llevar el trabajo según crean conveniente. Pero deseo resultados positivos en el menor tiempo posible. Sé que no es sencillo lo que estoy pidiéndoles. El alto mando y yo nos sentiríamos satisfechos si identificaran y apresaran, al menos, a los causantes del desastre de Aurdom. ¿Conocen algo al respecto?

Los dos comandantes negaron con la cabeza.

—Se les entregará un informe completo. En Caminia tendrán su base de operaciones. Allí se lo entregarán. Yo puedo darles una pequeña relación de los delitos que sepamos se han cometido en Oulax, para que los vayan estudiando durante el viaje. Pueden partir dentro de veinte horas, o antes si lo desean.

El mariscal sacó de debajo de su mesa un cilindro-registro que entregó a Adan. Alice preguntó:

—¿Por qué dijo antes que un hombre ha sido el causante de la muerte de diez millones de seres?

—Aunque fueron varios los que intervinieron, estimamos que sólo uno tuvo la mayor parte de la culpa. Fue, precisamente, en Aurdom. Ha sido el caso más grave que hemos descubierto. Allí pudimos llegar a tiempo para evitar que todo el planeta se convirtiera en un cementerio gigantesco. Pero todo eso lo sabrán leyendo los informes preliminares.

—¿De cuánto tiempo disponemos para cumplir esta misión, señor?

—Se les avisará con la suficiente antelación. Ciertamente, no lo

sé ni yo mismo. Dependerá del alto mando, si la presencia de su unidad es requerida en otro punto del Orden urgentemente. Mientras tanto, podrá actuar en el sector Oulax. ¿Alguna pregunta más, señores?

Alice sonrió.

—Existen muchas, pero creo que somos nosotros quienes debemos contestarlas más adelante, a medida que vayamos enterándonos de los detalles, señor.

—Perfecto. Les deseo suerte.

Se levantó Stonehen y estrechó las manos de Alice y Adan. Éstos saludaron y se retiraron del amplio salón. Fuera les aguardaba el coronel, que les condujo hasta el lugar donde estaba el deslizador. En unos minutos se encontraron de nuevo en la *Silente*.

A solas en el despacho privado de Alice, ésta preguntó a Adan:

—¿Qué piensas de todo esto?

Adan resopló.

—Que prefiero llegar a un Mundo Olvidado y enfrentarme con cualquier cosa a tener que hacer de policía. Este trabajo no me gusta nada. ¿Y a ti?

—Tampoco, desde luego. Es la primera vez que llego a un sector donde ya se ha realizado el Acercamiento por otros compañeros.

—Será mejor que digamos a Le-Loux que partiremos inmediatamente.

—El mariscal dijo que podíamos quedarnos en la base por veinte horas más.

—La *Silente* está en perfecto estado. No necesita ninguna reparación. Por lo tanto, podemos salir dentro de una hora.

Alice sonrió y se acercó a Adan. Rodeó con los brazos el cuello del hombre y dijo:

—Estás deseando llegar a Caminia y enterarte de una vez de lo que tenemos que hacer. Te leo en los ojos que estás disgustado. No has cambiado desde la primera vez que trabajamos juntos. Pero me gustas así.

—Es un consuelo al menos. ¿Te importaría ocuparte de disponerlo todo para la partida? —La besó otra vez y se apartó de ella. Introdujo el informe en el lector automático—. Mientras, desearía conocer algo de este condenado asunto.

Ella se dirigió hacia la salida, diciendo desde allí:

—Sé que estás impaciente por saber detalles. ¿Te espero en el puente?

—Sí, iré enseguida que termine de revisar el informe.

—Bien. Reconozco que yo también estoy deseando saber lo que contiene.

Adan la vio salir. El cilindro ya estaba funcionando y prestó atención al micrófono.

En el mismo instante en que terminó de oír el registro, percibió el quedo aullido de las sirenas de aviso de la *Silente* anunciando su salida de la base Primaria

JH

.

Entonces Adan se incorporó y salió del despacho. Por el camino iba pensando que Alice estaría impaciente en el puente de mando aguardándole.

2

Uno de sus pocos amigos se lo dijo días atrás y Letf Cohén comprendió que tenía razón.

Su presencia en Caminia podía ser peligrosa.

—Ha llegado una gran nave, una de las que esos tipos del Orden llaman unidad exploradora; una verdadera fortaleza estelar. Las cosas no serán como antes. Será mejor que te vayas por una temporada —le aconsejó su amigo.

—Lo haré —respondió él, empezando a contar su dinero y comprobando con desilusión que con cincuenta créditos no podía ir muy lejos.

El otro le colocó unas fichas bancarias en la mano y Letf supo enseguida que allí había más de quinientos créditos. Iba a protestar cuando su amigo, el viejo Uormer, le cerró los dedos alrededor del dinero, mientras decía:

—Déjalo. Me lo devolverás cuando puedas. ¿Por qué no te vas a la Tierra? Ése sería el último lugar donde pensarían buscarte.

Letf movió la cabeza.

—Nunca regresaré. En realidad les costará mucho trabajo saber quién soy yo. No poseen datos. Iré a otro planeta cercano, tal vez a Maraon. Se olvidarán pronto del asunto y entonces podré retornar a Caminia.

—¿Por qué insistes en estar siempre en este mundo?

—Porque estoy seguro de que en una de estas ciudades está escondido bajo otra personalidad el culpable de que se me persiga como a un perro rabioso —masculló Letf.

—Aunque pasen veinte años será una locura que insistas en rondar el sector Oulax. Si el Orden no dispone actualmente de datos concretos, no dudes que en poco tiempo dispondrá de ellos.

—Es posible.

—Por lo tanto, lo mejor será que te marches pronto. Esta misma

noche. Ve al puerto estelar y aborda la primera nave que salga para… ¿Dónde dijiste qué deseabas ir?

—A Maraon.

—Pues compra un pasaje para Maraon. Es un lugar que está prosperando rápidamente y encontrarás trabajo sin que te pidan demasiados datos. Te será fácil encontrar un puesto como navegador.

Letf hizo caso a Uormer y aquella misma noche, después de adquirir un pasaje, subía a la nave *Gran Solex*.

A las dos horas de partir, en pleno hiperespacio, Letf decidió entrar en el bar, dispuesto a matar el tedio del viaje tomando unas copas.

Ocupó un lugar en la barra y esperó que una de las chicas acudiera a servirle. Mientras, se dedicó a mirar las personas que estaban allí.

—No soy el *sheriff* y nada me importa por lo tanto.

Como todas las modernas naves de carga y pasaje, la *Gran Solex* disponía de un servicio mixto de seres humanos y robots. El bar estaba servido por lindas chicas, y Letf se preguntó cuánto iban a cobrarle por la bebida si tenía en cuenta el coste de la mano de obra humana.

Pidió un combinado y decidió que con él estaría allí un par de horas. Sus posibilidades económicas después de adquirir el pasaje no eran amplias y no podía permitirse el lujo de despilfarrar sus créditos bebiendo.

Hizo girar su taburete y miró hacia un rincón del bar. Allí varias mesas estaban ocupadas. En una estaba una pareja. El hombre era aún joven y la mujer que le acompañaba muy hermosa. Tal vez se trataba de unos que acababan de formalizar un contrato matrimonial, o ni siquiera eso, y se divertían visitando los planetas de Oulax.

Cuando Letf observó detenidamente al hombre, su vaso estuvo a punto de caérsele de la mano.

Parpadeó varias veces, hasta que estuvo seguro de que no se equivocaba.

Era él, no había la menor duda. Conocía a aquel hombre y se maldijo por haber tenido que elegir aquella nave para trasladarse a Maraon.

Entonces recordó que poco después de subir, cuando la *Gran Solex* estaba a punto de penetrar en el hiperespacio, había visto a la mujer por el pasillo. Iba con su acompañante, pero entonces no pudo verle el rostro. Pero estuvo seguro en aquella ocasión de que el hombre sí le vio. Y ahora los tenía delante.

El hombre conversaba animadamente con la mujer, y, aunque por dos veces parecía haber recorrido con la vista la barra del bar, por su expresión no indicaba haber reparado en la presencia de Letf.

Cohén pagó el combinado y apuró el resto que quedaba en el vaso. Lentamente bajó del taburete y se dirigió hacia la salida.

Sudaba pese al grato ambiente y deseaba encontrarse en su camarote. No volvería a salir de él hasta que la nave estuviera en Maraon.

En otras circunstancias hubiera saltado de alegría al encontrarse a aquel hombre, pero Letf sabía, estaba seguro, que éste seguía prestando su servicio al Orden, pese a que en aquella ocasión no vistiese el uniforme negro y plata de sus miembros.

No había aún cruzado la salida cuando sintió que una mano tocaba su hombro.

Letf no necesitó volverse para decir:

—Hola, Adan Villagran.

—No comeremos hasta dentro de cuatro horas, cariño —dijo Alice, terminando de vestirse—. ¿Por qué no me invitas a una copa?

Adan miró a su compañera y lo que vio le complació. Ciertamente estaba un poco cansado de verla siempre con el uniforme del Orden. Aquel cambio actual, gracias a las ropas modernas y civiles femeninas, suponía una sorpresa. Una agradable sorpresa.

—Estás muy bonita, Alice.

—Gracias, pero aún no has respondido a mi pregunta.

—Vamos al bar. Allí cambiaremos impresiones. ¿Terminaste de estudiar los informes que el capitán Lucheon nos tenía preparados en Caminia?

—Totalmente —suspiró ella—. Me temo que vamos a perder el tiempo aquí miserablemente.

Salieron del camarote y se dirigieron al nivel donde estaba situado el bar. Apenas había gente en él y pudieron escoger una mesa apartada, desde la cual dominaban todo el lugar.

—Con sinceridad, Adan, el caso que más me ha atraído ha sido el de Aurdom. ¿Coincidimos?

—Plenamente.

Alice arrugó el ceño y dijo:

—He conocido muchas muestras de la bajeza humana; pero creo que nunca vi nada parecido hasta que leí los datos de los sucesos acaecidos en Aurdom. Sacrificar a tanta gente para robarles…

—Y tuvieron suerte que las naves exploradoras del Orden llegaran a tiempo para impedir que la epidemia aniquilase a toda la población. De haber retrasado su llegada dos semanas se hubieran encontrado con un planeta totalmente muerto.

—Aunque el mariscal nos dejó libertad para elegir nuestras investigaciones creo que deberíamos ocuparnos de Aurdom.

Adan asintió.

—Tienes razón. Yo también pienso lo mismo. Por eso pensé en ir a Maraon. Allí nos esperan unos datos recopilados por el gobernador local que nos serán de interés. Quise verlos personalmente, no esperar a que nos los enviaran porque es posible que desde Maraon vayamos directamente a Aurdom.

—¿Por qué no utilizamos la *Silente* para este viaje?

—No quiero que nadie sospeche de nosotros. Tal como vamos pasaremos inadvertidos. Si precisamos de nuestra unidad, acudirá a nuestra llamada.

Llegaron las bebidas y Alice se humedeció los labios con ella. Repentinamente, pareció recordar algo y preguntó a Adan:

—¿Para qué fuiste a hablar con el capitán apenas entramos en el hiperespacio? Adan sonrió levemente.

—Quise revisar la lista de pasajeros. No quería dejármela y tuve que revelarle mi identidad.

—¿Qué ocurre con los pasajeros?

—Nada por el momento. Sólo quise hacer una comprobación.

Alice miró a su compañero.

—Sospecho que me ocultas algo. Adan le tomó la mano y se la apretó cariñosamente.

—Te prometo decírtelo todo enseguida. —Su mirada se desvió hacia la entrada. Indicó a Alice el hombre que se dirigía hacia la barra—. Observa con disimulo a ése, Alice.

—¿Qué tiene de particular?

—Su nombre es Letf Cohén. —Al seguir la mirada de incomprensión en el rostro de Alice, Adan añadió—: Espero recoger más datos precisos en Maraon, pero si recuerdas la relación de sospechosos que causaron la masacre en Aurdom, tal vez relaciones ese nombre con el de Lei Colent.

—Son parecidos.

—Exacto. Pero los datos personales de los supervivientes de ese planeta coinciden con los del hombre que acaba de entrar. Yo lo sé bien. Vi a Letf Cohén cuando subió a la nave. Por eso pedí al capitán la lista de pasajeros.

—¿Le conoces? —preguntó Alice suavemente.

—Sí —repuso Adan roncamente—. Recibió el título de alférez al mismo tiempo que yo; pero poco después dejó el servicio activo del Orden. Le cansaba aquello y decidió navegar por la Galaxia. Hace diez años que no le veía.

—No puede ser el mismo de los informes. Recuerda que éstos son imprecisos. Los nombres son parecidos, pero no iguales.

—Ha pasado mucho tiempo. Los aurdomitas no pronuncian bien nuestra lengua. Ha debido de sufrir una deformación.

Miraron sus vasos y al cabo de un prolongado silencio, Alice dijo:

—Debes de estar equivocado. Un hombre que tiene sobre su conciencia la muerte de diez millones de seres no puede viajar tranquilamente en una nave como ésta.

Adan sonrió amargamente.

—Cuando leí los datos personales y la descripción psíquica de Lei Colent no pensé en Letf Cohén, desde luego. Pero ahora es posible que sean ciertas mis sospechas.

—¿Qué piensas hacer?

—En Maraon existe un registro completo de Lei Colent. Sus impulsos mentales básicos están allí archivados porque, antes que el Orden llegase a Oulax, Maraon era el único centro comercial importante y todos los navegadores que iban allí tenían que dejar constancia de su personalidad. Una singular costumbre que espero nos sirva de mucho.

—¿Para qué?

—Para cotejar datos. Me desagradaría, pero me temo que Letf y Lei son la misma persona.

Adan evitaba mirar hacia donde estaba Letf. Estaba seguro que éste ya le había visto y recordado quién era. ¿Por qué no iba hacia ellos y gritaba de alegría al tener la oportunidad de saludar a un viejo amigo? Ésta y otras preguntas se hizo Adan mientras seguía con la vista como el hombre abonaba el importe de su bebida y bajaba del taburete para dirigirse hacia la salida del bar.

De un salto se plantó al lado de Letf y le tocó en el hombro.

El hombre pareció quedarse paralizado. Sin volverse, dijo con voz seca:

—Hola, Adan Villagran.

Y empezó a dar la cara lentamente. No sonreía y parecía quererle taladrar con la mirada.

Adan trató de sonreír y se sorprendió él mismo al ver que no le costaba esfuerzo alguno.

—Me sorprendes, Letf. Estoy seguro de que tú me descubriste tan pronto entraste. ¿Por qué no fuiste a mi mesa?

—Te vi demasiado bien acompañado.

—Tú siempre fuiste muy considerado. Pero no temas, no molestas en absoluto. Me gustaría que conocieras a mi compañera.

Letf miró hacia la mesa donde estaba Alice, quien les miraba prestando toda su atención.

—Otro día. Aún nos quedan dos jornadas para llegar a Maraon.

—Podemos comer juntos dentro de un rato. Letf emitió una sonrisa que a Adan no le costó trabajo comprender que era forzada.

—Pensaba hacerlo en mi camarote. No me encuentro bien.

Adan rió con fuerza.

—¿No te parece absurda nuestra situación, Letf?

—¿Por qué tenía que parecérmelo?

—Somos dos viejos conocidos que no se ven desde hace diez años y nos quedamos hablando como si hubiera sido ayer la última vez que nos saludamos. No hemos vuelto a encontrarnos desde que dejaste el Orden.

—No me gustaba aquello. En cambio a ti te fascinaba.

—Tal vez yo lo haya dejado también.

La sonrisa irónica flotó en los labios de Letf extensamente.

—Eso nunca me lo creería. Estoy seguro que aún estás en activo. Aunque vistas de paisano no puedes engañarme a mí. Hueles a negro y plata.

—Tienes razón. Continúo con el mismo entusiasmo que al principio.

—¿Ella también pertenece al Orden?

—No. —Y Adan deseó que su respuesta fuera convincente.

—¿Qué haces en esta nave como un turista?

—Éso es lo que soy ahora. Disfruto de un permiso.

—Has elegido un lugar extraño para divertirte. Maraon no es precisamente un planeta apto para enamorados. Te aburrirás.

—Buscamos tranquilidad.

—¿Qué haces ahora en el Orden?

—Soy comandante doble de una unidad exploradora.

Letf no disimuló su asombro.

—Has ascendido rápido, amigo. No es frecuente que alguien alcance ese grado en tan poco tiempo.

—Sufrí una segunda prueba. Las primeras fueron erróneas. Pero eso es muy largo de contar. Con gusto lo haría si accedieras a cenar con nosotros.

—No insistas. Aprovecharé el viaje para trabajar.

—Aún no me has dicho qué haces tú.

—Negocios. Trabajo para algunas firmas de importación.

Letf empezaba a dar muestras de nerviosismo. Estrechó la mano de Adan y se disculpó con palabras torpes.

Adan regresó junto a Alice, quien se apresuró a preguntarle qué conclusiones había sacado.

—Aunque hayan pasado varios años estoy seguro de que la actitud de Letf no es normal. Prácticamente huía del bar cuando me vio. Te advierto que si volvemos a encontrarle, él no sabe que tú eres un jefe del Orden.

—¿Por qué no se lo dijiste? ¿Acaso no le gusta que las mujeres ocupemos altos cargos?

—No es eso. Presumo que siente, inconscientemente, cierto prejuicio contra todo lo que concierne a nuestra organización.

—¿Sigues pensando que él y ese Lei Colent son los mismos?

—Empiezo a creer que no y me alegro de ello. Pero de todas formas deseo salir pronto de dudas. Conocí bien a Letf y no le creo capaz de meterse en un asunto que cause la muerte a diez millones de seres. Me parece que me he dejado llevar por mis fantasías.

Alice miró a su compañero por encima del vaso que tenía en la

mano. Le notó preocupado. Su semblante indicaba que realmente no pensaba lo que expresaba con palabras, pero que él mismo quería convencerse de ellas.

—De todas formas —suspiró Adan—, antes de llegar a Maraon enviaré una orden al oficial del Orden allí para que disponga unos hombres cerca de la *Gran Solex* para que sigan a Letf cuando descienda.

—¿Temes que se te escape?

—No es precisamente eso. Pero tardaré unas horas en ir al edificio del Gobierno y revisar los registros de ese tal Lei Colent, según lo llamaban los aurdomitas.

3

Aunque el aviso sólo indicaba que fuera Adan quién se presentase en el puente de mando de la nave *Gran Solex*, Alice le acompañó. El oficial intentó poner algún reparo a que ella entrase. Adan tuvo que aclarar la condición de jefe del Orden de Alice para no perder más tiempo.

Una vez junto al capitán Aplen, Adan volvió a repetir lo mismo. Pero Aplen no parecía dispuesto a perder el tiempo en otra cosa que no fuera poner al corriente enseguida a Adan de lo que sucedía.

—Acabamos de salir del hiperespacio, comandante Villagran —dijo, mostrando el gráfico de vuelo—. La densidad de asteroides que rodea Maraon nos impide acercarnos más a este planeta usando este medio. Aún estamos a veinte millones de kilómetros de nuestro destino.

Adan siguió mirando la preocupada faz de Aplen.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Alice.

Aplen ordenó a uno de sus navegadores que aumentase el radio de acción del telescopio. Sobre una pantalla monitora surgió una extraña nave. Su modelo, aunque antiguo, era de un tipo muy veloz y eficaz. No llevaba siglas de identificación y podía distinguirse claramente su sistema de impulsión superlumínica.

—Se sorprenderá si le digo que esa nave nos estaba esperando —murmuró el capitán Aplen.

—Eso no es posible. A no ser que… —empezó a decir Adan.

—A no ser que supiera de antemano cuál iba a ser el punto de abandono del hiperespacio de su nave, capitán —terminó Alice.

—Eso es lo que creo, señores. Necesito su ayuda, comandante Villagran. Son piratas y exigen subir a bordo. Si me niego destruirán la *Gran Solex*.

—Creí que el sector Oulax ya estaba limpio de piratas —dijo

Adan.

—Aún quedan bastantes. A veces se pierde una nave, pero las autoridades lo achacan a accidentes normales. Sin embargo, yo estoy seguro, siempre lo estuve, que no es así. Y ahora puedo comprobarlo por mí mismo.

Adan pidió la distancia de la nave pirata y le dijeron que estaba a unos miles de kilómetros, que se aproximaba lentamente.

—Por medios normales, a velocidad planetaria, no podemos escapar —masculló Aplen—: ¿Qué puedo hacer?

—¿Por qué me llamó? —preguntó Adan.

—Recordé que tenía a bordo un comandante del Orden, señor. Me alegro que se identificara como tal cuando me pidió la lista de pasajeros.

—¿Qué supone que pueda hacer yo? En su lugar, capitán, regresaría al hiperespacio.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Esta nave lleva programado su viaje automáticamente desde que salimos de Caminia. Solamente podemos intentar escapar por los medios convencionales, cosa que dudo. Los piratas disponen de una nave más veloz que la nuestra en velocidades planetarias.

—En Maraon existe un destacamento del Orden. Si envía un mensaje vía láser pueden enviar una unidad ligera en menos de veinte minutos. Siempre hay alguna patrullando cerca del planeta.

El capitán Aplen resopló impaciente.

—Ya intentamos eso cuando los piratas terminaron de comunicarse con nosotros exigiendo la rendición. Aprovecharon la conexión, para dejarnos sin medios de pedir ayuda. Nos interfirieron.

—¿Y en tales circunstancias usted pide nuestra ayuda? —le preguntó Alice—. ¿Qué podemos hacer ahora nosotros?

—No lo sé. Pensé que podían salvar la situación.

—Usted ya intentó todos los medios posibles a su alcance para salvar la nave —dijo Adan—. Sólo puede negociar con los piratas. Generalmente, tengo entendido, se conforman pronto si el botín es sustancioso.

Aplen empezaba a sudar.

—Yo también creo que nos dejarían seguir el viaje sin molestar

el pasaje si esto hubiera ocurrido hace diez años, cuando el Orden aún no había llegado a Oulax. Pero ahora será diferente. Después de saquear la *Gran Solex* simularán un accidente. No quieren que se piense que existen piratas.

Adan comprendió la posición del capitán. Lentamente recorrió el puente de mando, inspeccionando los controles. Sentía sobre sí las miradas ansiosas de los navegadores. Se volvió hacia el capitán y le dijo:

—Es posible que aún podamos escapar por el hiperespacio. —Miró a Alice y le preguntó—: Tú eres experta en esto. ¿Serías capaz de desconectar el programador automático y conducir este cacharro por el hiperespacio durante diez millones de kilómetros?

Alice hizo una mueca de disgusto.

—Claro que sí, pero necesito mucho tiempo. ¿Cuánto nos dan los piratas?

—Media hora para que lo pensemos —respondió el capitán Aplen.

—Necesito al menos una hora —replicó Alice.

—Entonces ponte a trabajar —sonrió Adan—. Yo me encargaré de ganar los treinta minutos de más. Capitán Aplen, necesito que me transmita temporalmente el mando de la nave. ¿Desea un escrito liberándole de toda la responsabilidad?

Muy pálido, Aplen respondió:

—Cuenta con mi apoyo. Dejemos las formalidades. ¿Qué desea que hagamos?

Viendo cómo Alice, ayudada por varios mecánicos, empezaba a abrir el navegador automático hiperespacial, Adan dijo:

—Responda a los piratas que dentro de treinta minutos pueden entrar en la *Gran Solex*. Mientras tanto, reúna a todos sus hombres y cuantas armas haya a bordo. Avise también a los pasajeros que se concentren en el lugar más seguro de la nave. Usted sabrá cuál es.

—El departamento inmediatamente superior a nosotros —repuso Aplen.

—Pues mano a la obra. Necesito que me preste un uniforme de oficial navegador de esta nave. Yo iré a recibir a los piratas. ¿Qué valores llevan?

—Cincuenta millones de créditos —dijo en un hilo de voz el capitán—. Son enviados desde varias empresas de Caminia para

efectuar pagos en sus sucursales de Maraon.

—Es una respetable suma —silbó Adan—. Es curioso que los piratas no sólo supieran el punto donde la *Gran Solex* iba a salir del hiperespacio, sino también que iba a llevar una fortuna. Si salimos de ésta, será cuestión de pensarlo detenidamente. Una vez que resolvamos el problema que ahora nos ocupa, claro.

Adan vestía un uniforme azul y esperaba delante de la esclusa, mirando la luz roja. Cuando ésta se apagó y se encendió la verde, se retiró unos pasos.

La pesada puerta de acero se abrió y unas figuras vistiendo trajes espaciales entraron en la estancia. Todos iban armados con atomizadores de gran calibre.

Con movimientos casi militares, los piratas fueron tomando posiciones en la habitación. Dos miraron al otro lado de las puertas y los demás rodearon a Adan. Uno de ellos se desprendió de su casco vítreo y preguntó:

—¿Dónde está el capitán de la nave?

—En el puesto de mando —replicó Adan.

—Dije que fuera él quien viniera a abrirnos la esclusa.

—Tuvo problemas con el pasaje. Algunas mujeres se pusieron histéricas.

El jefe de los piratas, un humano alto, de tez bronceada y cuidada barba, sonrió lascivamente, mostrando dos filas de dientes blanquísimos. Guardó su arma y dijo:

—Es igual. Me gusta que hayáis obrado cuerdamente. Llévanos hasta la bóveda acorazada.

Aquellas palabras no cogieron de improviso a Adan. Ya esperaba tal petición. Dijo, aparentando hacer un gran esfuerzo por ocultar su miedo:

—El capitán desea que causen el menor problema posible. Me comunicó la combinación de la bóveda. Yo les guiaré.

—Un momento —dijo el jefe—. Varios de mis hombres le acompañarán. Si pertenece a alguna religión, amigo, vaya encomendándose a su dios por el camino.

Los piratas rieron. Todos se habían desprendido de sus cascos y cinco de ellos empujaron a Adan hacia delante. Los demás se repartieron por diversos caminos. Por el rabillo del ojo, Adan vio que el jefe subía hasta el puente de mando. Deseó que Alice

cumpliera con su cometido.

—¿Qué quiso decir vuestro jefe? —preguntó Adan a los hombres que le seguían.

—Pronto lo comprenderás. Vamos, date prisa. Bajaron por unas rampas hasta una estancia de acero. Adan abrió la primera puerta y pronto estuvieron delante de la cámara acorazada del navío.

—Ábrela de una vez.

Adan sabía que la intención de los piratas era dejarle dentro de la cámara una vez desvalijada. Empezó a mover los diales, recordando la combinación que le dijera Aplen.

La pesada puerta se abrió en dos partes, que se deslizaron hacia ambos lados. Cuatro piratas penetraron y uno se quedó junto a Adan, apuntándole con su arma.

Disimuladamente, Adan empezó a manipular el mando a distancia de la bóveda que llevaba oculto en el interior de su bolsillo. Las puertas empezaron a cerrarse suavemente. Su guardián gritó sorprendido a sus compañeros. Por unos segundos dejó de mirar a Adan y éste, de un salto, le empujó hacia el interior de la cámara.

El pirata tropezó con los otros que empezaban a salir, atropellándose mutuamente. Cuando las puertas apenas dejaban unos veinte centímetros de abertura, uno de ellos cayó fuera de la cámara, rodando por el suelo. Otro fue menos afortunado y quedó aprisionado por la cintura. Su desgarrador grito de dolor quedó rápidamente cortado al mismo tiempo que su cuerpo.

Adan apartó la vista de aquel espectáculo lleno de sangre y se retiró para que el tronco del desdichado no cayera sobre él. Corrió sobre el que se había salvado, que ya empezaba a levantarse y le propinó un tremendo puntapié en la mandíbula.

Se oyó el crujido de huesos rotos cuando Adan terminó de poner fuera de combate al pirata tomándolo por un brazo y arrojándolo contra la pared opuesta con todas sus fuerzas.

Al recibir a los piratas en la esclusa no se había atrevido a portar un arma por temor de que fuera descubierta. Vio en un rincón un atomizador y lo amartilló. Antes de salir de la antecámara de la bóveda se dirigió a un rincón y abrió una pequeña puerta. Desde allí controlaba el paso del aire al interior de la cámara acorazada. Redujo el oxígeno hasta el límite. Los piratas que habían quedado

dentro pronto perderían el conocimiento. Se salvarían si dentro de dos horas eran sacados. Pero Adan no quería correr el riesgo de que dispusieran de transmisores y avisaran a su jefe de la encerrona que habían sufrido.

Iba a salir de la estancia cuando su mirada se posó en el pirata inconsciente y tuvo una idea. Corrió hacia él y le despojó de su traje espacial. Se enfundó con él y se puso el casco, empañando el visor de cristal con el tono azulado para defenderse de las radiaciones del vacío.

Apenas salió al pasillo se encontró con dos piratas, quienes se detuvieron confundidos. Adan vestía como ellos, pero no comprendían por qué llevaba puesto el casco y ocultaba sus facciones con el filtro azul.

Aquellos instantes de indecisión fueron vitales para Adan. No esperaba encontrarse tan pronto con enemigos, pero reaccionó y apretó el disparador de su atomizador. Dos nubes rojas surgieron alrededor de los piratas. Cuando se disiparon, no quedaban de ellos sino un pestilente hedor a carne quemada.

Adan se alejó de allí corriendo. El reloj del pasillo anunció a Adan que habían transcurrido diez minutos desde que la nave fue abordada. Aún necesitaba ganar otros veinte para que Alice pudiera terminar de disponer a la *Gran Solex* para saltar al hiperespacio.

Y los hombres armados de la tripulación que defendían el puente no podrían resistir a los piratas mucho tiempo si no recibían ayuda inmediata desde los niveles bajos.

Adan penetró en unos dormitorios laterales. Se detuvo en una de las puertas y golpeó en ella con su puño tres veces seguidas primero y luego dos más.

La puerta se abrió y aparecieron una docena de hombres armados de la *Gran Solex*. Eran tripulantes que se habían ofrecido voluntarios… y un pasajero.

El pasajero era Letf Cohén. Adan le miró y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Cohén se encogió de hombros.

—Entre mi equipaje tenía una pistola calorífica…, desarmada, claro. Se lo dije al capitán y me permitió acompañar a este grupo —explicó.

Adan tragó saliva. Llevar armas a una nave estaba altamente

penado. Comprendió que Cohén lo sabía al tener la precaución de desarmarla para que los detectores no pudieran localizarla cuando subió a bordo. Se preguntó si el capitán no se había sorprendido también ante eso. Pero Aplen debía estar preocupado para pensar en otra cosa que no fuera aprovechar una pistola más para defender la nave. No disponían de muchas, y varios de sus hombres tuvieron que recluirse con el pasaje.

—Vamos —dijo Adan—. Los piratas ya deben estar asaltando el puente. Si no nos damos prisa todo estará perdido.

Se despojó del ya inútil traje espacial y se puso al frente del grupo. Cuando llegaron al nivel cercano al puente, oyeron los silbidos de las descargas efectuadas por los atomizadores de gran calibre de los piratas.

Pero éstos no estaban donde esperaban. Adan comprendió que la primera línea defensiva había tenido que ceder su posición ante el empuje y las mejores armas de los atacantes.

Encontraron a su paso los restos calcinados de dos piratas. Adan atisbo por la esquina y vio cómo varias figuras corrían a parapetarse al disparar los defensores desde su última y definitiva posición. Contó hasta veinte piratas. Y seguramente había más diseminados por los distintos puntos del nivel del puente. Todos debían estar allí, concentrados para sofocar la resistencia. Deseaba que fuera así porque no estaba preparado para defenderse de un ataque procedente de la retaguardia. Entonces serían cogidos entre dos fuegos y el pequeño grupo, aniquilado rápidamente.

Por su propia iniciativa, Letf tomó el mando de cuatro tripulantes y se dirigió hacia el pasillo siguiente. Adan comprendió lo que pretendía hacer. Así atacarían a los piratas desde dos sitios distintos y éstos, si la fortuna les acompañaba, pensarían que eran mayores fuerzas las que les atacaban.

Todos los componentes del grupo llevaban radio de onda privada y Adan comunicó a Letf que podía comenzar el ataque con sus hombres.

Funcionaron los atomizadores y rifles caloríficos de los dos grupos. Los pasillos se llenaron de nubes desintegradoras y de calor. El metal de las paredes se puso al rojo y se oyeron gritos desgarradores de las víctimas.

El humo era denso y Adan avanzó protegido por él. Los

tripulantes le siguieron. Los aspiradores del techo pronto dejaron el lugar limpio y casi se dieron de bruces con media docena de piratas que retrocedían para enfrentarse a los nuevos agresores.

Adan gritó a sus hombres que se tiraran al suelo. Él rodó varios metros sintiendo que las descargas enemigas le seguían a escasa distancia de su cuerpo. Medio se incorporó y apretó el gatillo durante varios segundos, moviendo el arma en forma de abanico. La energía destructora que emitió alcanzó a un enemigo de lleno, convirtiéndolo en una bola pestilente de fuego, y a otro le cercenó ambas piernas. El infeliz cayó al suelo como un pelele y en él se quedó aullando.

Apenas se refugió detrás de un muro de acero cuando varias andanadas se estrellaron delante de él. Adan tosió sofocado por la atmósfera repentinamente enrarecida. Cuando abrió los ojos vio horrorizado que sus hombres retrocedían ante el empuje de nuevos piratas que llegaban desde sus puestos donde hostigaban a los defensores del puente de mando.

La situación había cambiado radicalmente, empeorando ostensiblemente para ellos. Y Adan se quedó acurrucado en aquel rincón, aislado de los demás.

Un hombre le descubrió y disparó contra él. Estaba delante de una puerta que empujó con la espalda. Se abrió y entró en un pequeño cuarto. Cerró la puerta casi al mismo tiempo que sobre ella coincidían varias descargas de calor y la plancha de metal se ponía al rojo vivo.

Furioso consigo mismo por haber caído en aquella trampa, Adan desechó la idea de salir de allí por el mismo sitio que había entrado. Miró con desesperación la estancia. Era un camarote de lujo, amplio. No tenía otra salida.

Un zumbido quedo partió de su muñeca, donde llevaba el comunicador. La voz de Letf le preguntó ansiosa:

—He visto cómo te empujaban ahí dentro, muchacho. ¿Cómo estás?

—Bien, pero me siento como un ratón a punto de ser cazado por el gato.

—Pues son dos gatos los que se han quedado delante de tu puerta, Adan —replicó Letf—. Desde aquí veo cómo están disparando sus atomizadores de gran calibre contra la puerta. No

creo que ésta resista mucho.

—¿Qué ha pasado ahí afuera?

—Tienen armas más potentes que nosotros, muchacho. Hemos tenido que retroceder hasta el nivel inferior. Un oficial que me acompaña ha podido comunicarse con el puente. Aunque el ataque a éste ha disminuido un poco, sigue insistente. Creo que están a punto de poder meter este cacharro en el hiperespacio. Pero aún tardarán unos veinte minutos.

Adan se mordió los labios. Alice estaba necesitando más tiempo del previsto. Miró la cerrada puerta y palideció al verla enrojecer cada vez más. Pronto estaría al rojo blanco y entonces las moléculas del acero cederían.

—Te ayudaré, muchacho —le dijo Letf por el transmisor.

—No digas tonterías. No podrías llegar hasta aquí. Ya me las arreglaré yo…

Cortó la comunicación porque la hoja de acero de la puerta comenzaba a combarse. Adan arrimó a un rincón del camarote todos los muebles que pudo arrastrar y que no estaban fijados al suelo o las paredes. Se parapetó tras ellos, confiando en poder resistir el primer ataque de los piratas. Letf le había dicho que sólo eran dos… La puerta terminó por ceder cinco minutos después. Había resistido más de lo que esperaba. Dos piratas asomaron sus armas y dispararon. Los haces desintegradores eclosionaron contra la pared y Adan disparó a ciegas.

El siguiente disparo enemigo dio de lleno en los muebles y Adan tuvo que alejarse de ellos al comenzar a arder. Con la espalda en la pared se dispuso a vender cara su vida.

Los dos piratas saltaron sobre la plancha aún roja y se plantaron en medio de la estancia. Adan vio en sus ojos el deseo de matarle. Levantó su arma e iba a disparar, sabiendo que no iba a poder hacer nada contra dos enemigos, cuando del pasillo partió un vendaval de fuego que arrolló a los dos piratas. Los convirtió en teas humanas, estrellándolos contra la pared, en donde terminaron de ser consumidos.

Por la destrozada puerta apareció la sonriente figura de Letf, quien, al descubrirle sano y salvo, le gritó:

—Sal de ahí de una vez. Pueden venir más.

Adan se colocó a su lado y corrieron pasillo abajo.

—¿Cómo pudiste llegar sin que te vieran?

—Usé el conducto de ventilación. Hay un tubo grande que conecta con cada piso.

—¿Cómo va la cosa?

—Muy mal. Tenemos las armas casi sin energía. No podremos aguantar ni cinco minutos más. Si los del puente no se dan prisa…

Se reunieron con los tripulantes supervivientes. Adan contó sólo siete. No preguntó por los demás. Estaban junto a un bloque de ascensores. Al otro lado del corredor, los piratas disparaban sin cesar. Pero era un buen refugio, al menos por el momento.

Adan cerró los ojos después de comprobar que su arma sólo disponía de un máximo de cinco cargas y éstas a media potencia. Pensó en Alice. ¿Qué estaba esperando el capitán Aplen para utilizar el sistema general de altavoces de la nave?

Como si le hubiera escuchado Aplen, su voz tronó por todo el navío, diciendo:

—Habla el capitán Aplen. Me dirijo a los piratas que han invadido nuestra nave. Somos sensatos al reconocer que deseamos terminar con esta situación. Estamos a punto de introducir esta nave en el hiperespacio. Hemos trazado una trayectoria que nos llevará a menos de cien kilómetros de una base en Maraon del Orden. Quedarán alejados de su nave. Es posible que consigan acabar con nosotros, pero quedarán en poder de los miembros del Orden, quienes no tendrán piedad con ustedes. Todos saben cuál es la condena a los actos de piratería en el espacio. Les doy tres minutos para abandonar la nave. No deseo más muertes a bordo.

Los tripulantes, Adan y Letf se miraron animados. Ahora sólo cabía esperar que los piratas creyesen las palabras del capitán y se marchasen. Si no hacían caso y se quedaban, iban a continuar hasta la base del Orden con ellos. Y entonces nadie podía predecir lo que podía suceder a bordo. Todo iba a depender entonces de lo que los tripulantes pudieran resistir.

Notaron que los piratas retrocedían. Parecían reunirse. Adan hizo una señal a Letf para que le siguiera. Se arrastraron hasta un pasadizo elevado. Desde allí, con cuidado, asomaron la cabeza y miraron. Era una estupenda ocasión para matar a varios piratas, pero no era aconsejable reanudar la lucha. Los piratas discutían. Su jefe, el hombre de tez bronceada y barba negra, no parecía estar

conforme en retirarse. No debía de creer que fuera posible que una nave con viaje programado como lo era la *Gran Solex*, hiciera la proeza de viajar por el hiperespacio dentro de las medidas planetarias.

Pero los piratas debían estar asustados por la inesperada resistencia encontrada a bordo y sus mentes estaban aptas para creer todo lo que fuera preciso.

Adan miró a Letf para sonreírle cuando el grupo de piratas comenzó a marcharse con las debidas precauciones para no caer en una emboscada de los tripulantes. Pero éstos tenían órdenes de no impedirles la fuga. Entonces Adan se percató de la palidez de Letf. Observó que seguía mirando al jefe de los piratas hasta que éste, rodeado por sus hombres, desapareció detrás de una esquina.

Adan regresó junto con los demás tripulantes y dijo al oficial que comunicase al puente que los asaltantes se marchaban. Luego corrió hacia allí. Pasó por encima de varios cadáveres que no supo si eran piratas o tripulantes, tan calcinados estaban.

Cruzó por la alborozada y ya débil línea defensiva y entró en el puente. Se dirigió hacia donde estaba Alice, a la expectativa para poner en funcionamiento el dispositivo de impulsión superlumínica. Por la pantalla veían cómo los piratas supervivientes entraban en sus naves personales y volaban hacia el navío.

—Ahora es el momento de marcharnos, Alice —dijo Adan—. Antes que tengan sus compañeros a bordo y decidan dispararnos un torpedo magnético.

Alice asintió y tiró de la palanca provisional que había instalado junto al programador automático.

La nave pirata se esfumó al tiempo que el espacio normal que les rodeaba.

—Lo hemos conseguido —gimió Alice, arrojándose a los brazos de Adan.

Él la besó y sonrió ante las miradas asombradas de los navegadores, quienes inmediatamente reaccionaron y prorrumpieron en gritos de triunfo.

Por encima del hombro de Alice, Adan vio cómo Letf entraba en el puente y se acercaba al capitán Aplen, entregando a éste la pistola que había usado en el combate y que introdujo desarmada en la nave.

Aplen la tomó disimuladamente y se la guardó con rapidez. Estrechó la mano a Letf, emocionado.

Luego, después de mirar a la abrazada pareja en medio de la alegría de los navegadores, Letf salió lentamente del puente.

Adan le siguió con la mirada, comprendiendo que iba a tener que enfrentarse en el futuro con un arduo problema. Letf, el viejo camarada y que acababa de salvarle la vida, iba a tener que ser objeto de una investigación concienzuda.

4

—Me acuerdo bastante bien de aquella época, comandante —le dijo el gobernador de Maraon, N’Nutiol, un semihumano nativo. Dejó de mirar la ciudad a través del ventanal y regresó junto a sus huéspedes, los comandantes Villagran y Cooper. Volvió a tomar asiento frente a ellos, agregando—: Antes de llegar el Orden yo era un simple edil de la ciudad. Reconozco que todo estaba corrompido. A este planeta llegaban muchos humanos para proveerse de mercancías para traficarías con otros mundos.

Adan consultó la hora. No había transcurrido más de una hora desde que la *Gran Solex* se posó en el puerto del espacio de la ciudad principal del planeta. Un deslizador del Orden les esperaba para trasladarle inmediatamente a la residencia del gobernador, quien les recibió enseguida.

—Se retrasan mucho esos informes, gobernador —dijo Adan.

N'Nutiol sonrió con su pequeña boca, como si pidiera disculpas.

—Los datos que buscan son anteriores a su llegada, señores. No están registrados en el computador, sino según el viejo y tradicional sistema. Pero mis ayudantes no tardarán en hallarlos. Con los datos que ustedes proporcionaron sabremos inmediatamente si el hombre que buscan visitó alguna vez nuestro planeta. Siempre fuimos muy severos al respecto.

Adan y Alice cambiaron unas miradas resignadas. La mujer, dispuesta a hacer más placentera la espera, comentó:

—He encontrado una grata sorpresa al comprobar que Maraon goza de cierto bienestar, no común en un Mundo Olvidado.

N'Nutiol agradeció aquellas palabras con un movimiento de cabeza.

—Maraon supo sobreponerse al caos que sucedió al final de la Primera Era, señora. Nuestra única riqueza era la inteligencia y el deseo de trabajar. Cuando llegaron los aventureros de todas las partes de la Galaxia aquí no podían encontrar sino trabajo, cosa que no les apetecía. Pero nosotros podíamos suministrarles de todo cuanto desearan para sus toscas naves, y mercancías para efectuar trueques con otros planetas menos afortunados que el nuestro.

—Sin embargo, Maraon dio cobijo a muchos malhechores —recordó Adan.

—No lo eran ante nuestros ojos. Aquí siempre observaron nuestras leyes. ¿Qué podíamos hacer en su contra? Cierto que sabíamos de los desmanes que estaban cometiendo en otros planetas, pero estábamos incapacitados para actuar.

—Comprendo —dijo Adan—. Su costumbre de registrar mentalmente a todos cuantos llegaban del espacio nos va a servir de mucho para capturar a algunos de los antiguos expoliadores, señor N’Nutiol

.

—¿Por eso me pidieron los registros de cuantos procedían de Aurdom?

—Sí. Nuestro hombre realizó varios viajes desde ese mundo hasta éste para proveerse de mercancías. En su último viaje adquirió cierta partida de medicamentos, que pagó a alto precio. Después de esto desapareció. No tenemos más pista suya.

—¿Para qué les servirá, entonces, saber con certeza si llegó a Maraon? Seguirán sin saber dónde está…

—De eso ya nos ocuparemos. Ahora precisamos cotejar los registros para tener la certeza que este hombre y quien entra en nuestras sospechas es el mismo.

Sonó un aviso en la puerta y el gobernador dio permiso a su ayudante a entrar. El hombre le entregó unos papeles que olían a humedad. Adan sonrió. El viejo sistema de archivo tenía su inconveniente, a todas luces.

N'Nutiol miró curiosamente cómo Adan revisaba los papeles. Entonces el comandante del Orden le pidió permiso para utilizar el comunicador láser que tenía en el despacho. Alice le ayudó a establecer contacto con la *Silente*. Gracias al prodigio de la comunicación instantánea vía láser, pudieron sostener un cambio de

impresiones con la capitán Le-Loux a través de una distancia de dos años luz.

Adan habló con Le-Loux por espacio de unos minutos. Fue leyendo las características psicomentales del llamado Lei Colent, según aparecía registrado en los datos de Maraon. Después de unos minutos de espera, Le-Loux le transmitió los resultados del computador. Adan escuchó en silencio, muy serio. Alice adivinó por la expresión de su compañero que las noticias que estaba recibiendo no eran de su total agrado.

Cuando el hombre se retiró del comunicador parecía pensativo. El gobernador acudió a su encuentro solícito, preguntando si deseaba alguna cosa más de él.

—No —respondió Adan abatido—. Me ha ayudado mucho. Gracias por todo, señor.

—¿Puedo preguntarle si mi ayuda le ha servido de algo?

—De bastante —sonrió tristemente Adan.

Una vez fuera del edificio y dentro del deslizador del Orden, viajando por la ciudad con dirección al Centro del Orden, Alice, que miraba por la ventanilla, preguntó a Adan:

—Creo que no debo preguntarte si los resultados del computador han sido positivos.

—Lo adivinaste.

—Tu viejo amigo Letf Cohén es el hombre que si ofrecemos al mariscal Stonehen lo haremos el más feliz mortal.

—Sí. Y Stonehen podrá exhibir su cabeza, la de Letf, al alto mando. Recibirá una efusiva felicitación y…

—Si Letf es culpable no deberías sentirte molesto por tener que apresarle. Diez millones de muertes es razón sobrada para no tener remordimientos de conciencia por apresar a un viejo conocido… a pesar que no hace más de unas horas te salvó la vida.

—Sé cuál es mi deber —replicó agriamente Adan—. No necesitas recordármelo.

Enseguida Adan se volvió hacia Alice y dijo:

—Lo siento. No debí hablarte así. Estoy ofuscado.

Ella le tomó la mano y se la apretó.

—No te preocupes. Te comprendo. No desearía estar en tu situación. ¿En qué piensas?

—Todo hubiera sido más fácil si Letf no hubiera abordado la

misma nave que nosotros. ¿Por qué tuvo que salir de Caminia y venir a este cochino planeta?

—Es el destino el que traza nuestro camino, y no nosotros quienes lo programamos, querido.

Después de un largo espacio de tiempo en silencio, y cuando ya estaban próximos al Centro, Adan tomó resueltamente el comunicador de la cabina y solicitó hablar con el capitán Eeton.

Alice observaba atenta a Adan cuando éste ordenó al capitán Eeton las instrucciones. Entonces Adan, al terminar, deshizo la conexión y se derrumbó materialmente en el sillón.

—Sólo has dado orden de captura en tercer grado —observó ella.

—Sí. Así no tirarán a matar. Quiero a Letf vivo.

—¿Para qué?

—Quiero hablar con él.

—¿Es que te sentirás menos culpable si él reconociera su culpa sin necesidad de sondear su mente?

Adan miró a Alice fijamente. Negó con la cabeza y dijo:

—Por el contrario, deseo que se proclame inocente.

Letf sabía que le seguían desde que salió del puerto del espacio. Cuando llegó al hotel vio que el deslizador que había hecho todo el viaje detrás de él se detenía al otro lado de la avenida. Aunque el coche y los hombres que estaban dentro tenían toda la apariencia civil, podía apostar su mano derecha a que pertenecían al Orden.

Se registró en el hotel con su propio nombre. Ordenó que le subieran el equipaje y bajó hasta la planta donde estaba situada una venta automática de pasajes.

Adquirió uno para Caminia a nombre supuesto, según rezaban los documentos falsos que tenía para casos de emergencia. Lo peor iba a ocurrir si le exigían el visado de entrada. Pero esto no solía ocurrir generalmente.

Con el pasaje adquirido de regreso a Caminia, donde suponía iba a ser el último lugar donde pensarían que podía estar, se dirigía a la salida de la agencia cuando un letrero luminoso parpadeó sobre su cabeza, anunciando a los viajeros que en el planeta acababa de implantarse área de seguridad. Por lo tanto, quienes deseasen salir de allí tenían que sufrir una revisión mental.

Letf palideció. El Orden actuaba aprisa. Miró el billete que había

adquirido y lo arrojó a una papelera, lamentando el dinero desperdiciado. Si quería salir del planeta tendría que utilizar un medio poco ortodoxo. Comprendió que ya ni siquiera podía alojarse en el hotel ni recuperar su equipaje. Salió por otra puerta a la calle. Rodeó el edificio y vio el deslizador aún detenido delante de la entrada principal.

Había actuado prestamente y aún podía burlarlos. Se alejó de aquel lugar. Cuando estuvo seguro que no le seguían detuvo un coche de alquiler y le dio al conductor mecánico una dirección.

Minutos después estaba en la parte de la ciudad vieja. Sabía cómo manejarse por aquellos barrios. Con un poco de suerte podía encontrar pronto quien le prestaría ayuda para salir de Maraon… por un elevado precio.

Las posibilidades económicas de Letf habían disminuido mucho después de comprar un pasaje que a fin de cuentas no le había servido para nada. Pero tenía otros medios.

Localizó una tienda de compraventa y entró en ella resueltamente. El dueño, sentado detrás de un sucio mostrador, apenas le miró. Se limitó a preguntarle qué llevaba.

En Caminia su actitud hubiera despertado sospechas al menos honesto prestamista, pero en Maraon era distinto. Aún quedaba secuelas del sucio negocio de los tiempos anteriores a la llegada del Orden.

Letf sacó una bolsita y colocó una brillante piedra sobre el mostrador, delante del usurero.

El viejo dejó de leer y posó su mirada de águila sobre el brillante, de talla perfecta y un colorido de inusitada intensidad sangrienta. Lo tomó con delicadeza y lo miró a través de una lente electrónica.

Después de una detenida observación y apagada su sorpresa, el viejo recobró su compostura y miró desdeñosamente a Letf.

—Esto ya no es negocio, amigo. Es peligroso comprar y vender estas piedras. No quiero nada relacionado con Aurdom.

—¿Por qué? Es valiosa.

—Sí, lo sé. Tan valiosa como para alguien que estuviera perdido en el desierto sin una gota de agua. ¿De qué le iba a servir esta piedra?

Letf tomó al viejo por la pechera y tiró de él.

—Déjese de rodeos. No hable tanto para rebajar el precio. ¿Qué me da?

El prestamista se zafó de la mano de Letf y le miró indignado.

—Si no le agrada mi persona puede marcharse.

—Deme diez mil créditos por la piedra y me marcharé.

—¿Diez mil? ¡Está loco! Además de ser un peligro para mí, no encontraría a nadie que me pagase doce o trece mil. Ya le digo que el Orden huele todo lo que procede de Aurdom y hace muchas preguntas. Las últimas gemas de Aurdom salieron de allí hace unos ocho o diez años. Sé que valen mucho, pero no en el sector de Oulax. Tendrían que llevarlas a otro lugar de la Galaxia, donde el mercado fuera libre y sus planetas integrados plenamente en el Orden o apartados del todo de él.

Letf aspiró hondo. No disponía de mucho tiempo. Comprendía que el viejo estaba ansioso por comprar la gema, pero le estaba trabajando para conseguirla por el precio más inferior posible.

—¿Qué paga?

El viejo movió la cabeza como si aún dudase.

—Puedo arriesgarme a perder hasta dos mil créditos…

Letf sintió deseos de aplastarle su cara semihumana a puñetazos. No es que le importara la piedra, tenía otras que siempre llevaba consigo desde hacía muchos años, pero le irritaba ser engañado por una alimaña como aquélla.

—Está bien. Deme el dinero. ¡Y deprisa!

El prestamista tomó la gema y se la llevó a la trastienda sin dejar de mirarla. Volvió con el dinero, que Letf apenas contó. Tenía prisa por marcharse de allí, antes de que no pudiera seguir conteniendo sus deseos de pegar al viejo. Fuera, en la calle, pensó que con aquel dinero estaba en condiciones de buscar los elementos precisos para salir del planeta de forma segura y sin ser importunado por los vigilantes de las aduanas.

Tenía una dirección en el bolsillo que le entregó Uornier antes de salir de Caminia. Se trataba de una tienda de bebidas, además de restaurante. Después de preguntar a varias personas la encontró varias calles más abajo. Toda aquella zona era vieja, construida hacía muchos años, y algunos edificios parecían estar a punto de caerse. El bar-restaurante tenía un pésimo aspecto.

No había mucha gente dentro y Letf se dirigió hacia el hombre

que estaba detrás de la caja.

—Busco a Omil.

El hombre le miró ceñudamente.

—Yo soy. ¿Qué quiere?

—Me dijeron que aquí podía encontrar lo que busco.

—Depende de lo que busque. Sólo vendemos bebidas y comida.

—Me aseguraron que otras cosas.

—¿Quién se lo dijo?

—En cierta ocasión mi amigo Uormer encontró ayuda en esta casa, cuando empezó a tener problemas con el Orden y ustedes se encargaron de enviarle a Caminia transformado en un hombre nuevo. Desde entonces vive allí tranquilo.

El llamado Omil le hizo una seña. Salió de detrás del mostrador. Por el camino tomó dos vasos y una botella de licor nativo. Indicó a Letf una mesa libre, en el rincón más apartado.

—Dígame quién es y concretamente lo que desea —dijo Omil al tiempo que llenaba los dos vasos—. Si no me gusta lo que diga, me tendrá que pagar veinte créditos por esta botella.

Por toda respuesta, Letf puso encima de la mesa el dinero preciso. Omil tomó las monedas, sonriente.

—Eso es por si no está conforme con lo que le diga. No puedo perder el tiempo discutiendo.

—Me gusta usted. Mejor dicho, empieza a gustarme. Haga por que termine siendo de mi satisfacción.

—Necesito salir urgentemente del planeta. Aunque tengo documentos en regla, me temo que a partir de hoy no voy a poder volver a utilizar mi verdadera personalidad.

—Le buscaremos otra.

—No me sirve tampoco. Si uso algún puerto estelar estoy perdido. Creo que la policía dispone de mi código mental y me descubriría. Necesito una nave especial para mí.

—Eso cuesta muy caro. ¿Tiene cien mil créditos?

Letf negó con la cabeza. Omil suspiró.

—Me lo suponía. Tendrá que utilizar una nave junto con otros hombres como usted. Pero esa nave no saldrá hasta dentro de veinte días, que será cuando el cupo esté completo. Eso le costará solamente mil quinientos créditos. El doble de un pasaje normal. Muy económico. ¿Tiene esa cantidad?

—Sí. Pero no puedo quedarme tanto tiempo en Maraon. No tengo dónde esconderme.

—Deme sus papeles —dijo Omil—. Quiero verlos.

Letf se los entregó y Omil los observó con mirada de experto.

—Son auténticos —dijo devolviéndolos—. Al parecer las cosas se le han puesto mal inesperadamente. Todo puede arreglarse. Tenemos escondidos a varios de sus posibles compañeros de viaje hasta el momento de la partida. Por sólo cien créditos más le daremos alojamiento en lugar seguro.

—De acuerdo —asintió Letf.

—Págueme.

Letf miró desconfiadamente a su interlocutor.

—Lo haré cuando esté a punto de subir en la nave.

Omil se echó a reír.

—Vale —dijo—. Era lo que necesitaba para convencerme que no se trata de un delator. Al menos deme mi comisión. Son doscientos. El resto se lo entregará al jefe.

—Creí que usted lo era.

—No. Sólo soy un enlace. —Omil llamó a un camarero. Cuando éste acudió le dijo—: Se llama Letf Cohén y quiere salir de este hermoso planeta. Ahora mismo le llevarás al escondite. ¿Sabes si regresó el jefe?

—Tengo entendido que tuvo dificultades. No lo hará hasta esta noche —respondió el hombre.

—¿Tan mal le fueron las cosas?

—Falló todo a última hora.

Omil suspiró lamentándose.

—No todo va a salir bien. Es lástima. Era un buen negocio. Bueno, te llevarás a Letf y lo presentarás al jefe.

El camarero dijo llamarse Cruit e indicó a Letf que le siguiera. Subieron hasta el terrado del edificio. Allí había un deslizador aéreo, en el que entraron.

Cruit lo puso en marcha y pronto ascendieron hasta una altura de mil metros. Desde allí se dirigieron al norte, a la salida de la ciudad. Apenas la dejaron atrás cuando Cruit hizo descender el aparato sobre una edificación aislada en el campo. Bajaron al interior.

—El jefe vendrá pronto a buscarte. Es posible que lo haga esta

noche —explicó Cruit—. Te recogerá para llevarte a nuestra base secreta, donde tenemos oculta la nave. Allí están todos los pasajeros contratados por ahora. Si completamos el cupo pronto, es posible que salgas del planeta antes de veinte días. No te preocupes, este lugar es seguro. Se trata de una granja abandonada, y los miembros del Orden nunca te buscarán aquí.

—Creo que vuestra organización es amplia —dijo Letf, mirando el estropeado mobiliario de la habitación. Lo único moderno en ella era un visor local. Todo lo demás estaba sucio y estropeado—. Al parecer os dedicáis a muchas actividades.

A Cruit no pareció agradarle la observación de Letf. Eludiendo una respuesta, dijo que iba a bajar por algo de comida, ya que él tenía que dejarle solo.

Letf se quedó solo. Cansado, se sentó en una silla, delante del visor. El zumbador de aviso sonó y Letf avanzó la mano para conectarlo. Se detuvo, pensando que tal vez no debiera hacerlo. Desde abajo, la voz de Cruit le gritó:

—Conéctalo. Es posible que sea el jefe. Omil ha debido de decirle que tiene que pasar por aquí a recogerte. Querrá saber si ya estamos aquí. Ha debido de regresar antes de lo que esperábamos.

Con cierta indolencia, Letf alcanzó el conmutador y lo hizo girar. La pantalla se iluminó y en ella apareció un rostro que hizo que Letf saltase de la silla y se apartase rápidamente del campo de visión del comunicante.

Al lado del aparato, Letf comprendió que el hombre debió de verle, pese a que él actuase con rapidez, aunque no con la suficiente debido a la sorpresa.

Iba a desconectar el aparato cuando Cruit, llevando unas bolsas con comida, entró en la estancia. Enseguida vio el aparato encendido y, dirigiéndose a él, dijo:

—Es el jefe. Por el aspecto que tiene debe de ser cierto que las cosas le fueron mal en el espacio.

Letf se retiró lentamente del lado del visor. Se mordió los labios al comprobar que para alcanzar la puerta tenía que pasar por delante del campo de visión del comunicante. Se quedó allí, observando cómo Cruit miraba sorprendido al jefe. De soslayo Letf vio que éste, desde la pantalla, indicaba con gestos a Cruit que se colocase los auriculares.

Aquello le hizo comprender que ya no había duda alguna que había sido reconocido por el jefe y que éste quería dar instrucciones privadas a Cruit.

Y Letf intuía cuáles iban a ser éstas. Las órdenes a Cruit fueron breves. La pantalla se oscureció enseguida y Cruit se levantó lentamente de delante de la pantalla. Miraba a Letf, aunque intentaba que sus ojos no reflejasen otra cosa que indiferencia.

Pero Letf sabía que Cruit había recibido instrucciones de su jefe para matarle.

5

—Todo va estupendamente, compañero —le dijo Cruit—. El jefe estaba en camino. Me ha dicho que con el deslizador le salgamos al encuentro. Iremos todos juntos hasta la base.

Letf miró intensamente a Cruit. Trataba de adivinar cómo pensaba proceder éste para eliminarle. Por el momento trataba de seguir con el engaño.

—¿Tan importante era lo que te dijo que no podía enterarme yo? —preguntó Letf.

—Eran instrucciones privadas —replicó Cruit, dirigiéndose al otro extremo de la estancia. Empezó a mirar por una ventana, pero se volvió enseguida, apuntando a Letf con una pequeña, pero mortal pistola de calor.

—¿Se acabó la farsa?

—Comprendo que ya te has dado cuenta —sonrió Cruit—. ¿Quién eres en verdad para que el jefe estuviera tan nervioso al verte? Me ha dicho que eres peligroso. Lo siento, amigo, pero debo matarte. Comprenderás que en esto no hay nada personal.

—Desde luego; no te preocupes.

—Gracias. Antes que subamos al deslizador, ¿te importaría entregarme todo el dinero que llevas? Muerto no vas a necesitarlo para nada.

—No tengo más dinero que el que le di a Omil.

—Vamos, vamos. Yo mismo vi cómo le enseñabas un buen pico. Si me lo das ahora, me evitarás tener que registrar un cadáver.

Letf sacó los créditos. Con ellos en la mano, dijo:

—Puedo darte el doble de lo que hay aquí si me dejas escapar.

—De ninguna manera. El jefe me encontraría. Tiene especial interés por verte muerto. Me gustaría saber lo que le hiciste para que se asustara tanto.

—Te lo contaré si me dejas huir.

—Mi curiosidad no llega hasta ese extremo. Letf se encogió de hombros y echó sobre la mesa el dinero. Algunos discos se cayeron al suelo y se agachó a cogerlos. Sabía que era un truco muy viejo y que lo más seguro iba a ser que se iba a encontrar con una descarga, pero lo intentó.

Las piernas de Cruit estaban cerca y Letf sólo tuvo que tirarse contra ellas para que su enemigo perdiera el equilibrio. Ambos rodaron por el suelo. Letf utilizó sus puños y piernas y consiguió arrojar a Cruit a un rincón.

Se puso rápidamente en pie y se precipitó hacia la escalera, hacia el terrado.

Cuando estuvo fuera oyó que Cruit le seguía. Se dirigió al deslizador y puso el motor en marcha. Luego se escondió detrás de la salida. Tomó una barra de hierro oxidado del suelo. Cruit asomó la cabeza, y Letf le descargó sobre ella la barra con todas sus fuerzas. Pero el hombre se había movido y el golpe sólo le alcanzó en el hombro. El dolor, pese a todo, fue intenso y Cruit retrocedió hasta la baranda de la terraza. Quedó apoyado en ella y furioso, con la mirada llameante, levantó el arma.

Letf no lo dudó y arrojó la barra contra Cruit, que saltó por encima de la baranda y cayó fuera de la casa, gritando. Se asomó Letf y una bola de fuego consumió parte de la baranda. Cruit, desde el suelo, le disparaba. Por la posición que tenía su cuerpo, Letf comprendió que tenía una pierna rota.

Se retiró de allí y montó en el deslizador. Cuando se estaba elevando recordó el dinero abandonado abajo. Estaba sin un crédito, pero no quiso arriesgarse a recuperarlo.

Por el momento estaba a salvo, aunque no definitivamente. Letf se dijo que durante el resto de su vida nunca encontraría paz. El pasado siempre estaría presente. O cuando menos lo esperase, éste se presentaría ante él con renovados bríos.

Lo único que lamentaba Letf era que el jefe de aquella banda le había descubierto en el momento más inoportuno. Aspiró con profundidad el aire de la cabina.

El encuentro en la nave con su antiguo conocido, después de haberse llevado la sorpresa de encontrarse con Adan Villagran, no había sido suficiente emoción en tan corto espacio de tiempo. Había vuelto a verse, y esta vez cara a cara, con Mertel.

Durante años estuvo vagando con la esperanza de encontrar a Mertel o a Surky. Lo hizo en vano. Por eso nunca quiso alejarse definitivamente de allí.

Y había tenido la desdicha de ver a Mertel en ocasiones poco propicias para él, siempre en desventaja.

Mertel, al parecer, seguía con sus métodos usuales. No solamente era pirata espacial, sino que también poseía su propia organización clandestina para ayudar a fugitivos del Orden.

Estaba ya cerca de la ciudad y Letf comprendió que había llegado el momento de decidirse. Ante todo tenía que conseguir más dinero. Y la única forma era vendiendo otra piedra. No tenía el menor deseo de buscarse otro comprador. Iría al mismo usurero, que posiblemente en esta ocasión rebajaría aún más su precio.

Descendió cuando estaba entrando en la ciudad y dejó abandonado el deslizador. Caminó durante un par de horas, hasta alcanzar los barrios que disponían de medios urbanos de transporte. Recordó la calle donde tenía el usurero su tienda y en poco más de treinta minutos estuvo delante de ella otra vez.

Oscurecía, pero la tienda aún tenía su puerta abierta. La empujó y no vio a nadie. Golpeó el mostrador e instantes más tarde apareció el viejo, quien no pudo disimular su sorpresa al verle allí de nuevo.

En silencio, Letf colocó sobre el mostrador otra piedra.

—Espero que ésta me la pague mejor, viejo avaro. De lo contrario le romperé la cabeza.

El viejo abrió la boca y las palabras no le salieron. Tomó la piedra con tan temblorosos dedos que varias veces se escurrió entre ellos.

—Le… daré igual que antes —alcanzó a decir—. Es… Ésta no es mejor que la otra. ¿Le parece?

Letf se sentía terriblemente cansado. Tenía hambre y sed y ningún deseo de regatear. Asintió en silencio.

El viejo le volvió la espalda y entró en la trastienda. Letf cerró los ojos. Los mantuvo así unos segundos. Cuando los abrió se dedicó a curiosear los trastos que llenaban el pequeño local. Allí no había nada de auténtico valor. Si el viejo tenía algo importante lo debía de tener escondido, fuera del alcance y miradas de sus clientes.

Escuchó el ruido del dinero caer sobre el mostrador y Letf se

volvió a tomarlo. Entonces se percató que quien le pagaba no era el viejo, sino Adan Villagran.

El comandante vestía ya su uniforme negro y plata y le miraba fijamente, con dureza.

—Deseaba verte, Letf.

El aludido retrocedió un paso y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Nos enteramos que se había vendido una gema de Aurdom en este barrio. El viejo me estaba dando detalles tuyos cuando entraste. La verdad es que no te esperaba.

—Reconozco que yo tampoco a ti.

—¿Qué hiciste con el dinero que te dio por la primera piedra?

—Lo perdí.

—Eres muy descuidado. Cuando llegó el informe al Centro no dudé que eras tú el vendedor de la gema.

—¿Por qué pensaste tal cosa?

—Sólo Lei Colent podía tenerlas. Y tú eres Lei Colent.

Letf suspiró pesadamente.

—Veo que ya lo averiguaste. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Sobre Lei Colent, según denuncia de los aurdomitas, pesa una terrible acusación. Una vez que se demuestre que tú fuiste Lei Colent, serás juzgado en la Tierra.

—¿Ganaría algo diciéndote que soy inocente?

Adan negó con la cabeza.

—¿Qué probabilidades tengo de ser declarado inocente? —preguntó Letf.

—Muy pocas. Casi nada. No deseo engañarte. Según los testimonios de los nativos de Aurdom y las confirmaciones de los miembros del Orden, eres culpable. El juicio será una rutina.

—Y luego la ejecución inmediata en la cámara desintegradora, ¿no?

—Eso no lo sé yo.

—¿Qué se siente, Adan, cuando uno tiene que entregar a la muerte a un viejo y gran amigo?

Adan tardó en responder.

—Algo muy desagradable, créeme.

—Y que además te salvó la vida no hace mucho…

—Si esperas que te deje huir estás equivocado. No hagas las

cosas más difíciles.

—Yo en tu lugar te dejaría ir.

—Vamos. Salgamos de aquí —dijo Adan con sequedad. El viejo salió y le devolvió el dinero, tomando a su vez la gema, que se guardó.

—Voy a marcharme… Solo —dijo Letf—. Si lo deseas, puedes matarme, pero tendrá que ser por la espalda.

Adan extrajo de la funda su arma y encañonó a Letf.

—Dispararé si intentas huir.

Letf sonrió ampliamente.

—Dudo que lo hagas. Escucha bien lo que voy a decirte. Voy a salir. Sé que has venido solo. No deseo ser juzgado porque soy inocente, aunque todo me acusa. Te lo juro.

Y Letf avanzó hacia la salida. Adan, junto al mostrador, seguía apuntándole, pero sin mover un pie.

Cuando Letf llegó a la puerta, Adan le dijo:

—Tienes razón. No soy capaz de matarte. Pero antes dime si es que eres inocente realmente. No precisas engañarme ya.

Letf se detuvo confundido. Mostró su sonrisa y dijo:

—Ojalá estuviera en mis manos poderlo demostrar, aunque confío en hacerlo algún día.

Y giró sobre sus talones para cruzar la salida.

—¡Letf! —le gritó Adan.

Se volvió y miró al interior de la tienda. Letf vio a Adan que levantaba su pistola y apretaba el gatillo. Aún estaba Letf abriendo la boca lleno de asombro cuando la descarga le golpeó el pecho.

Luego ya no sintió nada.

Alice entró en la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

Vio a Adan sentado junto a una cama, sobre la que descansaba un cuerpo. Se dirigió hacia él y le preguntó:

—¿Todo bien?

Adan asintió en silencio.

Miró el cuerpo yacente de Letf Cohén y le respondió:

—Volverá en sí de un momento a otro. ¿Quién está en el puente de mando?

—El capitán Kelemen. Nos dirigimos a Caminia. He dispuesto que el comunicador láser está preparado para conectar con la base Primaria

—El mariscal Stonehen puede esperar aún.

Alice ocultó una ligera sonrisa que pugnaba por formarse en sus labios.

—El mariscal te felicitará cuando le comuniques que ya tenemos una de las piezas clave en la historia negra de Oulax para presentarla al alto mando.

Adan se volvió para mirarla. Sus miradas se encontraron y ambos parecían conocer sus respectivos pensamientos.

—Tienes razón al pensar así, Alice —suspiró Adan—. Aún quiero jugar a mi manera.

—¿Darle una oportunidad a Letf?

—¿Por qué no? Si no me convencen sus palabras lo suficiente para someterle al sondeo mental, no se habrá perdido mucho tiempo. ¿Lo comprendes?

—Sí.

—Soy su amigo. Tal vez el único que le queda en el Cosmos. Una vez en manos de la justicia no podré ayudarle. Es posible que sea culpable. Si así ocurre, me sentiré más tranquilo una vez que me haya asegurado.

Letf se movió y Adan se apresuró en inyectarle una dosis de estimulante por vía intraporosa.

Cuando Letf, con sus facultades mentales totalmente recuperadas, se incorporó en la cama y miró a Adan tuvo que parpadear varias veces. Sintió su boca pesada, pero pudo decir:

—No hay duda que estoy en el infierno, porque tú eres el demonio, Adan. —Se rió de súbito y añadió—: Es gracioso. Un demonio que se llama igual que nuestro primer padre.

—Celebro tu buen humor —dijo Adan—. Eso demuestra que te has recuperado totalmente de la paralización.

—¿Así que fue parálisis lo que usaste contra mí? Cuando te vi apretar el gatillo pensé que tu arma era un atomizador.

—Ya te dije que no te iba a matar.

—No, claro. Cumpliste tu palabra; pero me entregarás, que viene a ser lo mismo. Sólo que tardaré un poco más en morir. Lo harán cuando se cansen de exhibirme en la Tierra como el más grande criminal de la historia. Acudirán por miles, millones, a verme. No

siempre la gente tiene la ocasión de ver a un hombre que mató a diez millones de seres.

Letf desvió su mirada y vio a Alice. Dijo a Adan:

—Tu linda compañera. —Se fijó en su graduación y torció el gesto—. Me mentiste en el bar de la *Gran Solex*. Ella es un condenado sicario del Orden, como tú. No ibas en viaje de placer, sino que tenías la misión de capturarme, ¿verdad?

—Es cierto, pero no precisamente a ti —dijo Adan—. Sino a cualquiera de los muchos que componen la lista de criminales y expoliadores de los planetas de Oulax.

—Y tú tuviste la suerte de encontrarme. Siempre pensé que eras un tipo afortunado. Esta caza te proporcionará una gran felicitación por parte del alto mando. ¿Qué te han dicho cuando les has comunicado que me tienes prisionero?

—Te equivocas. Aún no saben nada. Te he introducido en la unidad *Silente* sin que mis hombres sepan quién eres.

Letf miró a Adan no dando crédito a las palabras que escuchaba.

—¿Intentas ahora confundirme?

—Nada de eso. Simplemente, deseo pedirte un favor.

Con total silencio pidió Letf a Adan que se explicara.

—Deseo oír tu versión de lo sucedido hace diez años en Aurdom.

Letf se puso en pie y caminó por la estancia. En ella no existían otros muebles que la cama y dos sillas, que ocupaban Alice y Adan.

—Puedes entregarme a tus jefes —dijo Cohén.

—Es posible que lo haga una vez que me lo cuentes todo, de todas formas.

—¿Insinúas que intentas ayudarme, que si te demuestro que yo nada tuve que ver con la matanza de Aurdom me vas a dejar libre?

—No tanto, Letf. Quiero decir que si tus razones son convincentes, te ayudaré a demostrar la verdad.

—Es imposible… —empezó a decir. Calló y recordó que ya sabía, al menos, que existía Mertel—. Tal vez tengas razón. ¿Qué harás por mí?

—Dispongo de medios para investigar. Te prometo no enviarte a la Tierra ni comunicar tu detención hasta agotar todos los medios para esclarecer los hechos… si me convences que no vamos a perder el tiempo. Pero te advierto que después de tus palabras pienso someterte al analizador mental. Ya sabes que si

confrontamos tus manifestaciones conscientes con las de tu subconsciente y éstas no coinciden puedes quedar convertido en un idiota.

—Ahora sí estoy seguro que deseas ayudarme —dijo Letf.

—¿Por qué? —preguntó Alice. Letf se volvió hacia la mujer.

—Porque usted no ignora que el analizador mental está prohibido en la Galaxia entera. Si Adan está dispuesto a correr tal riesgo es porque es sincero. Además, Adan, creo que en Maraon me ocurrió algo que puede ayudarnos mucho.

—¿Qué es ello?

—He visto a uno de mis antiguos socios, a uno de los dos que fueron realmente los culpables y que permanecieron en las sombras mientras yo daba la cara primero y luego tenía que huir, sin un crédito en el bolsillo y considerado como el mayor culpable.

Con pocas palabras Letf contó sus andanzas por la ciudad, su contacto con el restaurante de Omil para intentar salir del planeta una vez que supo que las aduanas estaban vigiladas. Dijo que el jefe de los piratas que asaltaron al *Gran Solex* era el mismo que apareció en el visor y que le descubrió.

—Me reconoció y ordenó a su sicario que me matase —terminó Letf.

—Eso es interesante, Letf —asintió Adan—. Desarticularemos la banda en Maraon. Pero creo que es en Caminia donde podemos volver a encontrarnos a ese tal Mertel.

—¿Por qué lo piensas así?

—Caminia es la capital del sector Oulax. Si Mertel dispone de una organización amplia es de suponer que allí tiene su base central de operaciones. Lo de Maraon sólo puede ser una sucursal.

—Está bien. Voy a ponerme en tus manos, Adan —dijo Letf encogiéndose de hombros.

Adan se levantó y también lo hizo Alice.

—Vayamos a mi despacho. Allí estaremos más cómodos —dijo.

Salieron de la estancia de recuperación. Letf siguió a la pareja por los corredores de la nave.

Sabía que lo que intentaba hacer su amigo era muy difícil, casi imposible. Pero era el único camino que le quedaba.

Pensó en Aurdom, en sus habitantes, en los que murieron allí hacía diez años.

Al relatar los hechos iba a abrir una vieja herida.

Iba a tener que hablar también de Ninua, la mujer aurdomita que quiso y que le amó.

6

—La siguiente grabación ha sido hecha por propia voluntad de Letf Cohén, quien manifiesta que se reserva el derecho de hacer alguna rectificación posterior a causa de alguna omisión o alteración involuntaria de los hechos.

Adan dejó de hablar por el micrófono y detuvo la grabadora. Estaba solo en su despacho. Apenas hacía unos minutos que Letf se marchó a descansar después de una exhaustiva narración.

El comandante adjunto de la *Silente,* una vez terminada la introducción al relato de Letf, se dispuso a escucharlo de nuevo, aunque esta vez procedente del registro.

La importancia de esta historia comienza cuando decidí abandonar, una vez cumplido mi primer compromiso, el Orden. Sinceramente, después de dos años de servir como cadete, comprendí que sentía cierta repulsión por toda clase de uniforme. Entonces tenía un concepto muy particular de todo y era lo suficientemente idealista como para sentirme incapaz de servirme de un trabajo que no me agradaba.

Por éstos y otros muchos más motivos abandoné la milicia activa del Orden. Con algunos créditos en el bolsillo embarqué hacia algún lugar de la Galaxia en donde encontrase la paz que ansiaba.

Pero me equivoqué. La Galaxia que visité era un caos igual o peor que los planetas que conocí y que maldecía por su artificiosa civilización y aparente bienestar. Me sentí decepcionado y por algún tiempo anduve errante de un lugar para otro.

Descubrí enseguida algo importante; no podía seguir sin ganar dinero. Agoté mi remanente y decidí ganar alguno antes de pensar otra cosa.

Tenía la ventaja de mi condición de navegador. Mi aval como antiguo miembro astrogador del Orden hubiera sido suficiente para encontrar empleo en cualquier compañía. Pero no necesité recurrir

a eso. En todas partes hacía falta gente que supiera lo que es una nave estelar, la navegación superlumínica y el hiperespacio.

La paga era buena, pero me cansé pronto de tener que estar sujeto a una disciplina, yo que había huido de ella. Me despedí y llegué a un planeta de un sector en el cual el Orden no había llegado aún, aunque se rumoreaba que pronto lo haría.

En una cantina en un puerto del espacio de un planeta cuyo nombre no recuerdo me encontré con dos tipos. Uno de ellos, tan joven como yo, moreno, de raza meridional terrestre, dijo llamarse Mertel y me presentó a su compañero, un tipo de mediana edad oriundo de un planeta de la constelación de Hércules. Su nombre era Surky y era obeso, de carnes blandas y muy blancas, casi transparentes. Era éste quién llevaba la voz cantante de los dos. Llegué a pensar que Mertel siempre le obedecía en todo.

Me dijeron que conocían un planeta al cual no habían llegado comerciantes desde hacía mil años, desde que terminó la Primera Era y el Gran Imperio se derrumbó. Me aseguraron que era el lugar más adecuado de la Galaxia para hacer una fortuna en poco tiempo, antes que el Orden lo estropease al producir en él el Acercamiento.

Al principio no me gustó aquello, pero terminé comprendiendo que si quería libertad de movimientos necesitaba ganar dinero con rapidez, y el suficiente para que me durase mucho tiempo. No lo apetecía, pero sabía que era imprescindible para vivir a mi modo, sin ninguna clase de dependencia.

Entre los tres reunimos nuestros ahorros y compramos una nave muy vieja, pero que yo pude arreglar, adaptando a ella un motor de impulsión superlumínica procedente de un desguace. Surky, cerebro de la empresa, contrató a varios hombres y partimos hacia el sector Oulax.

Descendimos en Caminia. Era el planeta que gozaba de mayor importancia entre todos. Durante los siglos de aislamiento no habían dejado de viajar por el espacio, aunque nunca saltaron a otras estrellas cercanas. Por eso y otras causas, gozaba de un cierto nivel industrial envidiado por todos sus vecinos.

Nos enteramos que allí apenas habían oído hablar de Aurdom. Las naves de Caminia nunca habían ido tan lejos desde que el Gran Imperio se replegó de aquel sector galáctico. Pregunté a Surky cómo sabía él de la existencia de ese planeta.

—Es simple —me explicó—. Compré a un navegador viejo y borracho unas cartas estelares. Me dijo que había visitado Aurdom en cierta ocasión y que entonces lamentaba no haberse quedado allí. Era un gran planeta. Sus gentes no conocen la guerra desde hace siglos. Creo que la marcha de los ejércitos del emperador les benefició. Poseen grandes riquezas a las que apenas dan importancia, pero carecen de muchas cosas que pagarán a peso de gemas. Compramos en Caminia, con el resto de nuestras menguadas reservas, toneladas de baratijas a bajo precio en los almacenes donde se acumulaban y que nadie quería por viejas. Pero Surky me aseguró que para los aurdomitas serían maravillas.

Días después nos posamos en Aurdom, un planeta perteneciente a un séquito de seis que giraban alrededor de un sol joven y blanco. Lo hicimos después de girar sobre él por espacio de veinticuatro horas, estudiándolo con nuestros telescopios de a bordo. Vimos muchas ciudades, casi todas situadas en las costas de sus tres grandes continentes. Existían miles de islas, las mayores habitadas por colonias pesqueras.

Calculamos cuál era la ciudad principal de Aurdom y elegimos un terreno despejado cerca de ella para situar nuestra nave.

Como era de esperar, no tardaron los habitantes de la ciudad en acercarse a nuestra nave. Llegaron llenos de curiosidad. Mertel y Surky habían delegado en mí la misión de comunicarles nuestro propósito de establecer en el planeta un centro comercial. Los ediles de la urbe, que hablaban un antiguo dialecto de la Galaxia que yo aprendí en la academia del Orden, me escucharon respetuosamente y en silencio.

Yo me tenía bien aprendida la lección y les dije que la Tierra había vuelto a ser poderosa después de muchos años de permanecer en las tinieblas, que volvía más sabia y justa. Nosotros sólo éramos una avanzadilla. Pronto llegarían más seres del centro de la Galaxia a traer prosperidad a Aurdom.

Al principio, aunque sin dejar de ser corteses, los aurdomitas nos dejaron establecer nuestro campamento con cierto recelo. Al parecer no tenían buen recuerdo de los viejos tiempos del Gran Imperio. Eran gente culta y guardaban registros de su historia. No habían olvidado que un día lejano cientos de naves de todas partes del Cosmos aterrizaban en Aurdom y sus antepasados disponían de

todas las ventajas de la civilización. Con el aislamiento habían tenido que estructurar una nueva sociedad, a la que se habían acostumbrado a la perfección. Parecían estar contentos de sí mismo, de su autosuficiencia.

Nos costó bastante al principio convencer a los nativos para realizar trueques. Cuando lo conseguimos, nos llevamos una desagradable sorpresa.

No todo se iba a desarrollar tan fácilmente como había asegurado Surky.

Los aurdomitas, aunque no daban mucha importancia a las gemas que abundaban en su mundo, no eran tan tontos como creíamos. Tal vez el viejo minero que estuvo allí hacía años les puso sobre aviso del valor que las piedras tenían en la Galaxia. O quizá llegaron a considerarlas de valor simplemente porque era lo que nosotros queríamos.

El resultado fue que escatimaban en los cambios, y aunque siempre los beneficios obtenidos en el trueque eran elevados, no llegaban a alcanzar nuestros optimistas cálculos.

Nuestras mercancías se agotaron pronto y nuestra nave tuvo que hacer varios viajes a Caminia a comprar más. Yo me quedaba siempre generalmente en Aurdom y dije a Mertel y Surky que debíamos importar mejores artículos, de más valor, para terminar de ganarnos la confianza de los nativos. Surky estaba muy molesto por la forma que se estaban desarrollando las cosas. Él había calculado que en poco más de dos meses podíamos conseguir una fortuna, y se equivocó. Llevábamos allí más de diez semanas y nuestros beneficios apenas sumaban unos cientos de miles de créditos después de vender las gemas.

—Estos cochinos nativos poseen millones en gemas que sólo quieren para adornar sus viviendas —dijo Surky antes de partir con Mertel a Caminia—. Se merecen una lección.

Yo miré a Surky confundido. No le comprendía entonces. Mi constante amargura y mi insaciada búsqueda de algo que no encontraba eran cosas que habían desaparecido de mí. Lo comprendí al llegar a Aurdom, al visitar sus ciudades y conocer en la más próxima a nuestra base a una muchacha, hija de un líder del pueblo, que aceptó primero mi amistad y luego mi amor.

Se llamaba Ninua y era muy hermosa, joven y con el más

maravilloso cuerpo que nunca había visto. En general todas las mujeres de Aurdom me parecían atractivas, pero Ninua las aventajaba cómodamente.

En la ciudad ya parecían acostumbrarse a nuestra presencia y la hostilidad relativa de los primeros días dejó paso a una hospitalidad franca, sobre todo hacia mí, que seguía siendo el enlace entre mis compañeros y los nativos. Para éstos ya era el jefe de los extranjeros, quien aceptaba riendo sus regateos a la hora de entregar sus gemas por nuestros artículos.

Por tales circunstancias, aquel día sólo me limité a contestar a Surky:

—Me alegro que esta gente no se deje engañar demasiado.

—¿Por qué dices tal estupidez? —me preguntó Mertel, fulminándome con la mirada.

—No merecen ser engañados. Creo que el Orden cometería un error si viniera aquí.

—Pues eso es lo que harán pronto —gruñó Surky—. Con esto quiero decir que si no nos damos prisa tendremos que marcharnos con unas migajas, cuando hemos tenido al alcance de nuestras manos una verdadera fortuna.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté alarmado. No me alegraba que el Orden hubiera puesto sus ojos en el sector Oulax, y mucho menos en Aurdom.

—Eso me dijeron la última vez que estuve en Caminia. Las unidades exploradoras del Orden han aterrizado ya en algunos mundos cercanos a Caminia. No tardarán mucho en poner sus asquerosas plantas en todos los planetas. Y entonces se acabaron los negocios con los nativos.

Surky terminó aquella conversación prometiéndome que en ese viaje iba a adquirir, además de una nave más moderna, mejor mercancía. Yo pensé que tal vez él había llegado a la conclusión que los nativos estaban esperando mejor material. Posiblemente así podíamos obtener más grandes beneficios en el poco tiempo que podíamos permanecer con el puesto comercial en Aurdom.

Pero yo tenía mis proyectos particulares. Estaba dispuesto incluso a ceder mi parte de los beneficios a mis socios y quedarme allí cuando llegase el momento de levantar la base. Mas había decidido que sólo se lo diría en última instancia. Estaba seguro de

que no iba a entristecerles mi abandono si renunciaba a mi parte. Esto no lo iba a hacer por altruismo, sino porque el dinero galáctico no iba a servirme en Aurdom.

Ninua y yo habíamos decidido formar un hogar, según la costumbre nativa. Su padre ya conocía por ella nuestros proyectos y no parecía estar disgustado con ellos.

Mertel y Surky regresaron dos semanas más tarde. Volvieron con la nave vieja y otra nueva. Era cierto que la mercancía que trajeron era bastante buena, pero no tanto como yo hubiera querido. Marché a la ciudad con los artículos, mientras que Surky me dijo que se iba de caza por el norte del país durante unos días. Mertel le acompañó.

Después de liquidar la nueva partida en la ciudad cercana a nuestra base, adonde acudían nativos de otras poblaciones próximas, decidí quedarme allí unos días en compañía de Ninua.

Cuando regresé a la base me encontré con mis socios y les dije que podíamos pensar en hacer un nuevo viaje a Caminia a adquirir más mercancías, al tiempo que les ponía delante un buen puñado de gemas, producto del cambio. Ellos las miraron y Surky dijo desdeñosamente:

—Eso son residuos de lo que podíamos obtener. Así no podemos continuar, matándonos de trabajar para nada.

Y se marchó al exterior. Estuve a punto de llamarlo para contarle mis proyectos, pero decidí dejarlo para el día siguiente.

Pero al nuevo amanecer olvidé aquello totalmente porque de la ciudad nos llegaron noticias desconcertantes. Procedente de las ciudades costeras del norte avanzaba a velocidad de vértigo una extraña epidemia que estaba prestando sus servicios en un hospital.

Corrí a la ciudad. Al entrar en ella pude apreciar el pánico existente. Me dirigí a casa de Ninua, en donde en aquel momento estaban reunidos varios ediles con su padre. Ninua me explicó que estaban sorprendidos. Nadie recordaba que en Aurdom hubiera sucedido una cosa semejante en siglos. Ellos apenas conocían otras enfermedades que las benignas, pero aquélla era una epidemia mortal, que producía la muerte después de una semana de incubación.

Mi amada me dijo que tenía que dejarme porque estaba prestando sus servicios en un hospital. Yo dije que deseaba acompañarla. Al rogarme ella que no lo hiciera porque la

enfermedad era mortal, le expliqué que no tenía que temer nada ya que estaba vacunado convenientemente contra todas las conocidas, y yo no creía que aquélla fuera distinta a las conocidas en la Galaxia. Estaba inmunizado contra cualquier contagio. Pero en cambio ella estaba indefensa y así se lo hice saber.

Me respondió que era su deber, al igual que el de todas las mujeres de la ciudad.

El hospital del sector estaba abarrotado. Yo, pese a mis escasos conocimientos médicos, no tardé en llegar a la conclusión que la epidemia era una variante del viejo tifus, pero mucho más mortal.

Mi cabeza dio vueltas intentando saber cómo era posible que en aquel planeta se hubiera propagado el mal. No cabía pensar que ninguno del puesto comercial fuera el portador, ya que, al igual que yo, estaban vacunados.

Aquella enfermedad no hubiera causado los estragos que estaba produciendo en Aurdom de haber sucedido en la Tierra, por ejemplo. Los humanos que allí vivían tenían un organismo más adecuado a la defensa. Pero en aquel planeta era distinto. Sus habitantes nunca habían tenido que enfrentarse a ninguna enfermedad que no fuera benigna, por lo que sus cuerpos eran presa fácil para la epidemia.

Al salir me encontré con el padre de Ninua. El anciano estaba abatido. Me confesó que sus médicos no podían hacer nada para atajar el mal. Ya habían muerto miles de personas en el norte. La mortandad iba a ser terrible si no se encontraba remedio pronto.

Yo pensé en muchas cosas, pero decidí no darle falsas esperanzas al anciano. Regresé al campamento y conté a mis socios lo que estaba sucediendo en la ciudad.

—Ya nos hemos enterado —dijo Surky—. Pobres gentes. Morirán como moscas si no se vacunan inmediatamente.

—Eso es lo que yo he pensado —dije vivazmente—. Tenemos que ir a Caminia y traer vacunas suficientes para todo el planeta.

Mertel me miró y se echó a reír.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—No tendrán preparadas millones de vacunas para toda la población. ¿Quién va a tener existencias de vacunas contra una enfermedad de la que nadie se acuerda ya?

—Existen buenos laboratorios en Caminia. Podemos hacer que trabajen sin descanso. En tres días pueden preparar millones de vacunas. Serán suficientes. Sobrarán.

Surky chasqueó la lengua y me sonrió compasivamente.

—Mi querido amigo, te comportas de forma infantil. Para hacer eso se necesita mucho dinero, millones de créditos. Y querrán cobrar por anticipado. ¿De dónde vamos a sacarlo? Sólo tenemos un puñado de gemas por las que no nos facilitarán ni cien mil vacunas. Nada en comparación.

Me quedé mirando a mis compañeros. Sentí frío ante su despreocupación por lo que estaba sucediendo alrededor nuestro. Empecé a comprender muchas cosas, pero no las suficientes para adivinar sus maquiavélicos proyectos.

Regresé a la ciudad y busqué al padre de Ninua. Le encontré en la casa del pueblo reunido en sesión urgente con los demás ediles. Insistí y me permitieron entrar en la reunión. Sin rodeos expliqué que podía salvar al planeta. Conté lo de las vacunas y que las podía adquirir en Caminia, pero que para eso necesitaba mucho dinero, para hacer que los empleados del laboratorio trabajasen como condenados.

Noté en los cansados y vencidos rostros de los ediles renacer la esperanza. En poco tiempo tuve delante de mí la más grande cantidad de piedras preciosas que nunca contemplé. Allí había millones en créditos.

Me marché de la ciudad después de buscar a Ninua y asegurarle que todo aquel horror iba a terminar. Creo que nunca hice el recorrido desde la ciudad hasta la base en tan poco tiempo.

Mertel y Surky abrieron sus ojos de asombro a la vista de aquella riqueza. Me propusieron que podían ir ellos a Caminia a comprar las vacunas y yo quedarme esperándoles. Aquellas palabras terminaron de levantar mis sospechas y respondí que no. Mertel me acompañaría. A última instancia, fue Surky quien lo hizo.

Mientras terminábamos los preparativos a toda prisa para la partida, llegaron hasta nosotros noticias procedentes de los nativos que pasaban por allí huyendo de la epidemia. Al parecer la enfermedad se había iniciado en las ciudades del norte. Los grandes manantiales que la abastecían de agua potable estaban infectados. De la forma que había ocurrido aquello nadie lo sabía.

Al llegar la hora de partir se borró de mi mente aquel detalle, que más tarde recordaría y me serviría para comprender lo que sucedió cuando mis socios emprendieron su cacería en el norte.

Llegamos a Caminia en tiempo récord. Surky conocía el planeta mejor que yo y nos dirigimos a una ciudad en donde existían buenos laboratorios. Cada uno comenzó la búsqueda por su cuenta. Yo fracasé en todas partes. Siempre recibía la misma respuesta. Aquellos millones de vacunas no estarían listas hasta dentro de un mes. Para entonces sería tarde.

Volví desolado a la nave. Allí me esperaba Surky. Sus noticias eran buenas. Había encontrado un laboratorio que ya había iniciado el proceso para obtener las vacunas. Las preparaban para un planeta ignoto de Oulax. Aquello era una suerte, pues Surky me aseguró que podían entregamos aquel pedido, en la cantidad que quisiéramos ya que los anteriores compradores no tenían mucha prisa y podían esperar.

Pero el precio que exigían era superior, en algo, a lo que valía nuestro cargamento de gemas. Surky me dijo que se lo entregara. Yo, aún desconfiado, respondí que lo haría al tener a bordo la mercancía.

Tres días después llegaban al puerto del espacio vacíos camiones cargados de cajas metálicas. Firmamos el recibí y entregamos la totalidad de las gemas a un ejecutivo de los laboratorios, quien puso objeción a la forma de pago. Para terminar con la discusión, Surky se ofreció para ir con él a la ciudad y venderlas, para así demostrar que no eran imitaciones.

Esperé impaciente las dos horas que Surky tardó en regresar. Inmediatamente nos elevamos y creo que estuve a punto de destrozar la nave por regresar inmediatamente a Aurdom.

Allí me encontré con la desagradable sorpresa de que no disponíamos de medios suficientes para el traslado de las vacunas a las ciudades. Dejé en la base a mis compañeros y corrí a la ciudad. Localicé a Ninua y le dije que necesitaba de todos los vehículos, que ya disponía de la salvación de su pueblo. No perdí un segundo en volver a la base para disponer el embarque, para evitar pérdida de tiempo cuando los vehículos nativos llegaran.

Me encontré con que la nave nueva había desaparecido. No había nadie en los barracones. Sólo silencio.

Desconcertado, sin saber qué pensar, me dirigí al almacén donde habíamos colocado las cajas con las vacunas. Nerviosamente abrí una y me quedé paralizado, mudo por la sorpresa. Por la desagradable e inesperada sorpresa. Las cajas sólo contenían botellas de licor, de un mal licor. Fui abriendo las demás y todas eran igual.

Anonadado, sintiéndome desfallecer, salí al exterior. Lo comprendí todo. Mertel y Surky me habían engañado, y a todo un planeta, para robarle sus riquezas. Y para ello no habían dudado en contaminar los manantiales para obligarlos a entregarles el dinero con el que realizar una hipotética compra de vacunas.

Pero ante toda la población sólo existía un culpable: yo.

Deseé morir y lo hubiera hecho de no haber pasado por mi mente el deseo de vengarme. Mis ojos descubrieron la otra nave, la vieja. La habían estropeado Mertel y Surky antes de huir, pero conseguí repararla antes que llegaran los vehículos nativos con la medicina, a los que vi llegar por el horizonte.

Despegué delante de sus narices, dejándoles confundidos, desesperados ante un costoso e inútil cargamento de pésimo licor. Lo demás no tiene importancia. Durante años vagué por los planetas de Oulax buscando a los culpables. No cambié mi nombre porque en Aurdom me conocían por Lei Colent.

Pero durante todo este tiempo siempre me persiguió la imagen de todos aquellos seres agonizantes ante una enfermedad desconocida para ellos y para la cual no tenían defensa alguna.

Y, sobre todo, siempre tenía en mis pesadillas la imagen de Ninua, la mujer que amé y que dejé en medio de una ciudad moribunda, creyendo en mis palabras de salvación para su pueblo.

7

Letf Cohén estaba parado delante del mirador principal de la *Silente*, observando las frías estrellas que acababan de fijar su posición en el espacio una vez que la gran nave emergiera en él, finalizando su veloz recorrido a través del hiperespacio. Frente a ellos estaba Caminia, hacia el cual se dirigían a velocidad planetaria.

Sintió pasos y se volvió. La comandante Alice se acercaba. Letf la miró, encontrándola hermosa. Pensó que Adán Villagran había sido afortunado plenamente.

—Saludos, Letf —dijo la mujer, parándose junto a él.

Letf respondió con una inclinación de cabeza.

—Hace muchas horas que no veo a Adán, señora —dijo—. Pregunté por él y me dijeron que estaba muy ocupado.

—Es cierto. Se ha llevado todo el día comunicando con Caminia y… otros planetas del sector Oulax.

Letf se humedeció los labios.

—¿También lo ha hecho con Aurdom?

—Supongo que sí.

No tenía noticias de aquel planeta desde hacía años. Las comunicaciones entre los mundos de Oulax eran deficientes aún. Letf sólo conocía por rumores lo que había sucedido allí después de su partida. Afortunadamente el Orden llegó a tiempo para evitar un desastre total, pero no pudieron impedir que murieran diez millones de seres. Siempre se preguntó si entre las víctimas estaba Ninua.

—¿Qué espera encontrar allí?

Alice se encogió de hombros.

—Adán tiene una teoría. Ojalá sea cierta.

—No vaya a decirme que creen en mis palabras —sonrió con ironía Letf—. Ni siquiera me han sometido aún al analizador

mental.

—Tal vez no lo hagamos. Adán piensa que es demasiado peligroso.

—Sólo lo sería para mí si mintiera. Eso quiere decir que temen tener que enviar a la Tierra al culpable convertido en un idiota…

—Calle, Letf. El analizador es un arma de dos filos. Le destrozaría la mente si usted se sintiera culpable. Es posible que en estos años su subconsciente haya desarrollado un sentido de culpabilidad e incluso crea firmemente en él. Puede pensar que los hechos que le inculpan son ciertos. Adán pensó en eso y decidió ayudarle sin necesidad de recurrir al analizador.

—¿Cómo piensa ayudarme?

—Precisamente venía para decirle que le está esperando. Tiene algunas cosas que decirle.

Letf suspiró y empezó a caminar.

Llegaron al despacho privado de Adán cuando la nave estaba comenzando a penetrar en la atmósfera de Caminia. Letf calculó que en poco más de veinte minutos estaría en tierra. Adán le recibió sonriente y dijo primeramente:

—Tenemos poco tiempo, Letf. Te diré que he obtenido un dato que puede ayudarnos mucho en demostrar tu inocencia.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Él Orden acudió a Aurdom mucho antes de lo que tenían previsto porque recibieron una llamada anónima que les contó lo que estaba sucediendo. En la Central de Caminia tienen un registro de la voz del misterioso comunicante.

Letf se encogió de hombros.

—Ya sabes que fui yo el autor del aviso, ¿no? —al sentir Adán, Letf añadió—: ¿Y qué demuestra eso? Sólo que el criminal sintió un poco de compasión y cuando ya estaba a salvo en el espacio decidió que no tenían por qué morir más gentes.

Adán le miró furioso.

—Comparamos las voces y no hay duda que fuiste tú quien avisó al Orden. Eso puede servirte de mucho, amigo. ¿Por qué no me lo dijiste? Ha sido una suerte que el funcionario me lo contase.

—No lo consideré interesante. ¿Qué otras noticias tienes?

—Establecí contacto con todos los centros del Orden en los mundos de Oulax. Tus viejos amigos Mertel y Surky debieron gastar

pronto su fortuna o la perdieron de alguna forma. Mertel continúa aquí, dedicado a negocios poco limpios y peligrosos. Si se dedica a la piratería quiere decir que las cosas no le van demasiado bien. ¿Podemos creer que Surky también permanece en este sector? Indudablemente habrán cambiado de nombres. Tuvieron suerte de que lo hicieran todo de forma que sólo tú aparecieras como el único culpable. No hemos encontrado rastro alguno de ellos por ninguna parte. Pero por suerte viste a Mertel, lo que nos hace pensar que podemos obtener aún algo positivo. Creo que nuestras pesquisas deben centrarse en localizar al comerciante que vendió a Surky la partida de licores para hacerla pasar por vacunas.

—Eso ocurrió hace diez años. Es mucho tiempo.

—No. Cuando el Orden llegó a Aurdom encontró las cajas con las bebidas. Aún conservan varias de ellas. Están en Caminia, el mismo planeta de donde salieron. Si las analizamos sabremos quién fabricó ese licor hace diez años.

—No creo que esos fabricantes tengan nada que ver con Surky. Él los acompañó cuando pagó. Seguro que sólo utilizó una pequeña parte de la partida y se embolsó el resto del dinero, para luego repartirlo con Mertel.

—Es posible, pero debemos intentarlo. Luego tenemos un dato importante. La nave que compró Surky y que éste utilizó para volver a Caminia huyendo de Aurdom fue vendida poco después a una compañía que ya hemos averiguado cuál es. Surky fue el vendedor y existió un contrato legalmente registrado. En él tiene que aparecer su firma y demás datos físicos.

—¿Se puede localizar ese contrato? —preguntó Letf.

—Ahora lo están buscando mis hombres en Caminia. Es posible que cuando aterricemos ya lo tengan. Con él sabremos quién es realmente Surky en la actualidad.

Letf paseó por el despacho, pensando. Se detuvo delante de Adán y Alice y dijo:

—Podemos equivocarnos todos, perder el tiempo…

—¿Por qué?

—Estoy pensando que es posible que Surky engañase también a Mertel y escapase a otro extremo de la Galaxia con el producto del crimen, dejándolo con un palmo de narices. Creo que algo de esto sucedió realmente. Entonces Mertel tuvo que seguir viviendo de sus

fechorías. ¿Es que no lo comprendes, Adán?

—No te entiendo…

—Lo que expoliamos a los nativos sumaban docenas de millones de créditos, algo que dos hombres no hubieran podido gastar en toda una vida llena de derroche.

Alice miró a Adán y dijo:

—Lo que dice Letf no carece de lógica. ¿Qué pasará si Surky escapó del sector Oulax hace años y abandonó a Mertel?

Adán bajó la mirada hacia la mesa.

—Mertel dispone de una organización eficaz para estar burlando al Orden por muchos años más. E incluso escapar de aquí si comprendiera que corre serio peligro de ser descubierto. Confío aún en que Surky, aunque con otra personalidad, se desenvuelva en medios honestos. Si es así podemos descubrirle.

Letf sonrió.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí, Adán. Creo que después de hacerte perder mucho de tu precioso tiempo no tendrás otra solución que entregarme al mariscal Stonehen.

Y se marchó del despacho. Entre los dos comandantes se produjo un largo silencio. Alice preguntó:

—¿Qué harás si todos tus esfuerzos son inútiles? ¿Le entregarás a nuestros superiores?

Adán levantó la mirada. Dijo secamente:

—Te ruego que dejes para otra ocasión responderte a esa pregunta, por favor.

Mertel, confundido entre los pasajeros que descendían del crucero, se dirigió con pasos rápidos hacia la terminal del puerto del espacio de la ciudad-capital de Caminia. Estaba nervioso y trataba con todas sus fuerzas de disimularlo.

Aunque podía confiar en que su aspecto le hacía pasar por un vulgar hombre de negocios y nada tenía que temer de las autoridades aduaneras gracias a su perfecta documentación falsa, sintió una sensación de intranquilidad cuando descubrió, al otro lado de la explanada, a la nave *Silente* del Orden, y vio descender de ella, entre varios miembros de la organización, a Letf Cohén.

Se escurrió entre las gentes del vestíbulo y se apresuró a salir del edificio. Hasta que estuvo lejos del puerto del espacio, camino de la ciudad, no respiró tranquilo.

Había llegado a la casa en el campo momentos después de llamar a ella, ver en la pantalla a quien menos podía esperar encontrarse y comunicar privadamente a Cruit que eliminase a aquel hombre. Se encontró con Cruit estrellado en el suelo, el deslizador desaparecido y un laberinto de ideas y pensamientos. Se entrevistó con Omil y éste le contó cómo aquel tipo se había presentado a él recomendado por un viejo conocido suyo llamado Uormer que vivía en Caminia.

Mertel pensó que en Caminia podía hacer dos tareas al mismo tiempo. Vería a Uormer y trataría de averiguar qué sabía de Letf Cohén, cuáles eran sus propósitos. Temía que éste estuviera tras la pista de los antiguos socios. Además, en Caminia tenía que ver a cierta persona a quien no veía desde hacía tiempo.

Estaba cansado de todo, de aquel luchar constante, del peligro que corría sin cesar.

Y estaba dispuesto a terminar.

El asalto a la *Gran Solex*, planeado con tanto tiempo de antelación había fallado de forma inexplicable. Una persona tenía que darle una respuesta convincente a aquel desastre.

Él vería a aquella persona después de hablar con el llamado Uormer, al que sacaría la verdad aunque fuera necesario partirlo en pedazos.

Mientras el vehículo recorría las calles de la ciudad sin rumbo fijo, esperando el conductor automático la dirección definitiva, Mertel pensó que debía mandarlo todo al diablo. Antes que otra cosa debía ver al verdadero cerebro de la organización, quien le aseguró que el golpe a la *Gran Solex*, con su gran cargamento de dinero, iba a permitirles dejar para siempre aquel arriesgado oficio. Aquel tipo no había cambiado aún, después de tantos años. Siempre se las arreglaba para permanecer en los lugares más cómodos, lejos del peligro.

Dio al robot una dirección y minutos después se detuvo en una gran plaza. Todo aquello era moderno, posterior a la llegada del Orden. Entró en una cabina visora y marcó una combinación.

En la pantalla apareció la cara sonriente de una recepcionista. Era humanoide, pero muy atractiva para un gusto un poco particular. Mertel dijo con quién quería hablar y la chica respondió:

—Lo siento. Ha salido. No volverá hoy al centro. Así lo ha

dejado dicho. ¿Desea que le transmita algún encargo?

Mertel cortó la conexión malhumorado. Sabía que a aquel tipo no le gustaba que le llamara a su lugar de trabajo. Mucho menos le iba a gustar que fuera a su domicilio particular; pero eso era, lo que él pensaba hacer precisamente.

Junto al visor había un selector de direcciones automático. Mertel pulsó las teclas y en un rectángulo se formó el nombre: Isac Intell. Los relés se pusieron en funcionamiento y salió una tarjeta con la dirección de la persona consultada.

Nunca hasta entonces había estado en el domicilio particular de Isac Intell. A éste nunca le había gustado que fuera allí. Decía que era por motivos de seguridad, pese a que él era el único en la organización que conocía la verdadera identidad del jefe supremo. Para todos los demás Mertel era el jefe, y nadie más.

Llamó un vehículo y dio al conductor la dirección escrita en la tarjeta. Miró la hora. Había perdido mucho tiempo dando vueltas por la ciudad y pensando.

Cuando después de un buen rato de cruzar avenidas y calles el vehículo se detuvo, Mertel crispó los puños. Estaba en el barrio más elegante y caro de la ciudad, casi en sus afueras. Allí las viviendas eran únicas y estaban aisladas las unas de las otras por grandes extensiones de cuidados jardines.

Isac vivía bien, pensó lleno de rabia. Vivía como un potentado, mientras que él se jugaba la vida en el espacio. Ahora comprendía por qué Isac nunca había querido que él fuera por allí.

Lentamente bajó del coche, después de pagar la carrera, y se dirigió con pasos lentos hacia la casa, grande y moderna.

—La compañía que fabricó esta bebida —dijo el funcionario, señalando una botella con la etiqueta amarillenta— desapareció hace cinco años. No queda el menor rastro de ella. Estamos seguros de ello.

Adán tomo la botella y la miró distraídamente. A su lado, Alice se rascó la barbilla, mientras que Letf cerraba los ojos.

Otro hombre, vistiendo el uniforme negro y plata y ostentando el grado de capitán, añadió sonriente:

—En cambio hemos obtenido los datos mentales de un individuo llamado Surky, que vendió una nave a una compañía de cargueros días después de los sucesos ocurridos en Aurdom, señor.

Sus oyentes abrieron los ojos, esperanzados.

—Siga, capitán Lucheon —dijo Adán.

El jefe del Centro del Orden en Caminia tomó unos documentos que tenía sobre su mesa de trabajo, los repasó y dijo:

—Ese Surky vendió la nave, que estaba puesta a su nombre, a un precio irrisorio en aquella época. Cobró en efectivo y desapareció. —Lucheon cogió una tarjeta metálica y la mostró—. Aquí están los datos mentales de Surky. Como la venta se hizo ante un juez local y Surky no podía presentar documentos suyos refrendados por el Comité de Gobernación de Caminia, se le hizo esta tarjeta. Afortunadamente los archivos de la época no fueron destruidos pese a que con nuestra llegada introdujimos unos medios de control más eficaces. Ésta es la tarjeta original.

La sonrisa que apareció en los labios de Letf se esfumó. Cogió la tarjeta y la hizo saltar sobre su mano.

—Es estupendo, pero de nada nos sirve. Actualmente no se sigue este sistema de registro para los ciudadanos de Oulax. Tendríamos que hacer pasar uno por uno por el registrador a todos los habitantes de Caminia primero, y luego a los de los demás planetas de Oulax. ¿Sería posible eso?

Adán no respondía. Aquello era imposible. Letf tenía razón. Para demostrar su inocencia, en la que ya creía Adán firmemente, necesitaban descubrir a Mertel y a Surky, a éste en su nueva identidad.

—Si al menos pudiéramos reducir el número de sospechosos a un máximo permisible para sondearlos uno por uno sin que se dieran cuenta… —dijo pensativamente Alice.

Adán la miró, como si en las palabras de la mujer hubiera encontrado una respuesta satisfactoria.

—Hemos olvidado algo importante —exclamó—. Mertel mandaba la nave que asaltó a la *Gran Solex*. Su aparición en el espacio me extrañó mucho, porque los piratas parecían conocer el punto exacto en donde la nave comercial iba a salir del hiperespacio. Entonces pensé que allí había algo que no me gustaba. Los piratas, además de conocer la salida de la *Gran Solex* al espacio normal, sabían que ésta llevaba a bordo una gran cantidad de dinero. ¿Cómo era posible eso?

—Alguien dijo a los piratas que la *Gran Solex* transportaba el

dinero, además de facilitarles la posición que tendría en el espacio al abandonar la velocidad superlumínica —añadió Alice.

—Eso es. Posiblemente Mertel no sea sino alguien que obedece las órdenes de un jefe superior, que goza de una posición en Caminia que le permite conocer los planes de vuelo de las naves comerciales.

—¿Surky? —preguntó Alice.

—O tal vez sea otro. Es posible que Surky ya no exista. Quizá Mertel tiene ahora otro jefe.

—Deseemos que no sea así —suspiró Alice—. Ojalá sea Surky quien aún tenga autoridad sobre Mertel. En caso contrario, además de no poder encontrar a Surky, nos será imposible localizar a Mertel. Sólo logrando encontrar a Surky podemos apresar a Mertel.

Adán caminó unos pasos y dijo:

—Sigamos suponiendo que el informador de Mertel sea Surky. Tal vez por alguna circunstancia no pudieron vender las gemas o perdieron la fortuna que consiguieron por ellas. Me inclino a pensar que no lograron ponerlas a la venta. El capitán Lucheon me ha asegurado que desde muchos años antes a la llegada del Orden, no apareció en el mercado negro de Oulax ninguna partida importante de gemas procedentes de Aurdom. Surky y Mertel deben seguir manteniendo su sociedad. La pregunta siguiente es saber qué personas pueden en Caminia estar al tanto de los vuelos estelares que de aquí parten.

Y miró al capitán Lucheon, como al más experimentado de todos los presentes en asuntos locales.

Lucheon, después de pensarlo, dijo:

—Creo que la Oficina Estelar en Caminia. Regulan los vuelos comerciales. Todas las compañías dependen de ella.

Adán sonrió.

—Magnífico. Será un buen punto de partida. Es posible que nuestro hombre trabaje allí. Tengo entendido que, por aquella época, en muchos centros semioficiales formalizaban el censo de sus trabajadores por medio del registro mental. ¿No es así?

—Efectivamente, comandante —asintió el viejo empleado a la pregunta formulada por Adán.

Detrás, Alice dirigió una sonrisa de confianza a Letf. El capitán Lucheon también les había acompañado hasta la Oficina Estelar, un

moderno edificio que albergaba las eficientes instalaciones reguladoras de vuelos comerciales en el sector Oulax.

El viejo que les atendía se llamaba Arks y era nativo de Caminia. Tenía a su cargo los archivos. El gerente se apresuró a llevar a los visitantes a su departamento, una vez que Adán le hubo explicado lo que deseaban.

—Durante mucho tiempo se usó en Caminia, al igual que en otros planetas del sector, cuando todos estábamos más unidos, un sistema de identificación al que tuvimos que recurrir debido a que las operaciones quirúrgicas sobre las huellas dactilares hicieron este medio totalmente inútil. Los impulsos mentales son iguales en cierto modo a las huellas dactilares, pero con la ventaja que no pueden borrarse del subconsciente ni por hipnotismo o drogas —siguió diciendo Arks.

—Pero al final han tenido que abandonar este sistema de identificación, ¿no? —preguntó Alice.

—Así es, señora —asintió el viejo—. Los impulsos mentales sólo quedan fijados al llegar la persona a edad adulta y se conservan invariables hasta la senilidad. Antes y después no sirven. No eran del todo eficaces, por lo que recientemente, después de la llegada del Orden, adoptamos el usual en la Galaxia, que se vale de las coordenadas genéticas.

—Pero ustedes conservan aún las fichas con los registros mentales de sus antiguos empleados, ¿no? —preguntó Adán, temiendo una respuesta negativa.

—Cuando nos trasladamos hace dos años a este nuevo edificio los ejecutivos quisieron destruir los viejos y ya ineficaces archivos, pero yo me opuse. Tenía para mi uso bastante espacio y dije que conservar por algún tiempo más esos archivos no iba a suponer un entorpecimiento para la marcha del nuevo sistema de control. Sí, lo tengo todo en la otra habitación. ¿Qué desean, concretamente?

Adán sacó la ficha perteneciente a Surky.

—Deseamos comprobar las fichas de las personas que comenzaron a trabajar para la Oficina Estelar hace diez años hasta el día que abandonaron el viejo sistema de registros mentales.

El viejo tomó la ficha perforada, movió la cabeza dudando y dijo:

—Apenas quedan la mitad de los empleados que había hace diez

años. El resto no lleva con nosotros más de cinco y menos de tres meses. Algunos de los viejos ya han muerto y otros emigraron a otros mundos. —Miró a Adán y dijo fríamente—: ¿Sabían que a muchos no les gustó que ustedes llegaran?

Adán sonrió.

—Es de suponer que esto ocurriera. Pero la mayoría está conforme con nuestra labor.

—Yo soy uno de ellos —asintió el viejo—. Y no se lo digo porque esté usted delante. Es la verdad.

—Le creo.

Arks entró en la habitación de al lado y salió de ella al cabo de unos minutos llevando unas cajas metálicas y un aparato comparador de registros mentales. Lo colocó todo sobre una mesa y explicó:

—Quizás alguno de ustedes no sepa cómo funciona esto, pero es muy simple. Estas tarjetas recogen los impulsos mentales de una persona y los transforman en perforaciones, al igual que las computadoras. Colocaré su tarjeta, comandante, en esta abertura. El proceso será lento, pues tengo que ir colocando las demás tarjetas del archivo una tras otra hasta que encontremos la que sea igual a la que han traído. Si es que existe, claro. De lo que estoy seguro es que aquí no trabajó nadie que se llamase Surky. Veamos.

Junto a la tarjeta perteneciente a Surky el viejo fue introduciendo otras que iba sacando de la caja metálica. Sobre el aparato había un señalizador que reflejaba las perforaciones de la tarjeta de Surky. Sobre estas perforaciones se superponían las que se estaban comparando. Mientras no se encontrase su igual, la luz seguía siendo blanca.

Todos observaban en silencio al viejo manipular con las tarjetas, esperando ansiosos que la luz blanca dejase paso a otra roja.

Arks llevaba ya casi media caja revisada y nada sucedía.

De improviso, la luz del señalizador se tornó roja. Se oyeron respiraciones alteradas. El viejo, sonriente, sacó la tarjeta de Surky que le entregara Adán y la que él introdujo.

—Ésta es, señores. Como ven, la eficacia del sistema antiguo no es tampoco muy…

—¿A quién pertenece? —saltó Letf nerviosamente.

El viejo leyó el nombre escrito debajo de las perforaciones,

diciendo en voz alta:

—¡Caramba, si se trata de nuestro primer regulador de vuelos estelares! ¿Qué pasa con él?

—Diga de una vez su nombre —apremió Letf.

—Isac Intell.

—Iremos a verle inmediatamente. ¿Dónde tiene su oficina?

—No se molesten —dijo Arks—. Hace poco quise verle y su secretaria me dijo que salió esta mañana temprano, que no volvería ya. Me confió que parecía muy nervioso. ¿Pueden decirme lo que pasa con él?

—Creo que tenemos una deuda con usted, señor Arks, pero me temo que no podremos decirle nada hasta que estemos seguros que Isac Intell es el hombre que buscamos —dijo Adán estrechando la mano del viejo funcionario.

Mientras salía de la habitación, Letf masculló entre dientes:

—Tiene que ser él, tiene que ser.

En recepción les facilitaron la dirección de Isac Intell. Adán confiaba en encontrarle en su domicilio, o al menos descubrir allí algo interesante.

—Nuestro hombre vive en el barrio más elegante de la ciudad —comentó Lucheon al ver la dirección.

En el exterior les esperaban varios deslizadores del Orden. Adán pidió al capitán que se dirigieran a la casa de Isac lo más discretamente posible.

8

Isac Intell dejó de colocar ropas dentro de la maleta cuando oyó el aviso del detector. Alguien estaba entrando en el jardín de su casa.

Corrió hacia el visor que controlaba el camino y torció el gesto disgustado al ver avanzar por él a Mertel. Crispó los puños y pensó que Mertel debía de tener la memoria muy floja cuando se atrevía a ir a su casa, después de tantas veces repetirle él que no era seguro para ambos que se supiera que se conocían.

Movió el dial del visor y siguió los pasos de Mertel. Ahora estaba doblando el recodo y se dirigía con rapidez hacia las escaleras que conducían a su casa. Isac notó en los movimientos de Mertel cierto nerviosismo. De vez en cuando miraba hacia atrás como si temiera ser sorprendido por algún enemigo.

Isac cerró los ojos, intentando pensar con rapidez. Si Mertel hubiera llegado al menos con diez minutos de retraso… Para entonces él ya pensaba estar lejos de Caminia, del sector Oulax incluso.

Salió del dormitorio. Por cada habitación que pasaba había una pantalla visora que seguía el recorrido de Mertel. El hombre ya estaba ante la puerta y parecía dudar un poco antes de llamar.

No perdió más tiempo y tomó una pistola de un cajón, revisó su carga, viendo que estaba completa, y se la guardó en el bolsillo de la camisa. Era pequeña y no se notaba el bulto.

Luego, Isac anduvo hasta una gran ventana. Junto a ella había un sillón anatómico. Se preparó antes una bebida y se sentó. Pulsó los botones de unos mandos que tenía el brazo del sillón y esperó.

Una música suave irrumpió en toda la casa, al mismo tiempo que un perfume la inundaba. Mertel creería que estaba descansando.

Cuando el zumbador de la puerta se oyó, Isac sólo tuvo que apretar un botón para abrirla.

Mertel entró en la casa caminando lentamente, observándolo todo con desconfianza. Cruzó el vestíbulo y penetró en el salón donde se hallaba Isac.

Al verle, se detuvo y dijo:

—Hola, Surky.

Isac se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. Sin volverse para mirar al recién llegado, suspiró y exclamó:

—Segundo gran error que cometes, mi amigo.

—Explícame cuáles son —repuso Mertel volviendo a avanzar hacia donde estaba Isac.

Éste, mesuradamente, con voz baja, detalló:

—El primero ha sido venir a verme. ¿Cómo te has enterado que vivo aquí? El segundo es llamarme por el otro nombre. Sabes que no es el mío. Aunque estemos solos no debías hacerlo. Se adquiere hábito, ¿sabes?

Mertel se plantó delante de Isac. Su mirada brillaba cuando dijo:

—Ya es hora que tú corras algún riesgo, ¿no te parece? Hasta ahora he sido yo siempre quien ha hecho lo peligroso.

Isac dejó el vaso en el suelo. De un manotazo hizo callar la música, que desapareció junto al agradable olor.

—Me has interrumpido el descanso —dijo enfadado—. Tuve que salir de la oficina a causa del intenso trabajo y tú has venido a molestarme. ¿Por qué lo has hecho?

Su interlocutor aspiró profundamente el aire.

—Tengo malas noticias.

—Ya sé que fracasó el golpe a la *Gran Solex* —rumió Isac—. Perdimos la oportunidad de apoderarnos de un buen puñado de créditos. Con ese dinero hubiéramos podido escapar de una vez de Oulax, e incluso permitirnos el lujo de abandonar las gemas que sacamos de Aurdom.

—No es solamente eso, Surky. Letf Cohén sabe que vivo, que opero en los planetas de Oulax.

—¿Es que le temes a un hombre? Mientras tú volabas hacia Caminia lleno de miedo, Omil me llamó y me lo contó todo. No tienes que molestarte en explicármelo ahora.

—¿Y sigues tan tranquilo? No te comprendo…

Isac se levantó furioso.

—¿Es que esperabas encontrarme en un rincón temblando de

miedo? Cohén no puede hacernos nada. Es imposible que pueda encontrarnos en medio de millones de seres repartidos en varios mundos. Él es quien corre peligro de ser apresado por el Orden si se descuida, y condenado a muerte por lo de Aurdom. Debiste haberme llamado por enlace láser, como hizo Omil, y decirme lo que quisieras. ¿Sólo para esto has hecho el viaje? Ha sido un riesgo grande.

—En el puerto del espacio volví a ver a Letf. Y esta vez estaba con agentes del Orden.

—Me alegro que lo hayan apresado de una vez.

—No parecía ir detenido. Aparentaba estar entre amigos.

Isac soltó una larga risotada.

—Has visto visiones. No tenemos nada que temer. Tú eres incontrolable, dispones de varias personalidades falsas imposibles de descubrir. Puedes ir por donde quieras a cualquier parte. Y a mí nadie puede acusarme de nada. Para todos los que me conocen sólo soy un respetable funcionario de la Oficina Estelar, de reconocida solvencia. Pero gracias a mi puesto siempre sé qué naves llevan riquezas y el punto elegido para salir del hiperespacio. Ya que falló lo de la *Gran Solex* ahora sólo debemos esperar a que se nos presente otra oportunidad. No vamos a tener la misma mala suerte la próxima vez…

—No habrá otra vez, Surky.

—¡No me llames Surky ni en privado! —estalló Isac—. ¿Qué quieres decir que no habrá…?

—Lo que escuchas —replicó Mertel.

Isac se volvió a llenar el vaso, sin preocuparse de ofrecer otro a Mertel.

—Es absurdo que dejemos el buen negocio que hemos emprendido. Hasta ahora, es cierto, apenas hemos obtenido mucho dinero con las naves que hemos asaltado y que todo el mundo achacó a un accidente una vez que no aparecieron sus restos; pero volveremos a encontrar otra que, como la *Gran Solex*, transporte una buena cantidad de millones de créditos…

—Repito que esto se acabó, Surky. Ya es hora que vendamos de una vez las gemas que nos llevamos de Aurdom. ¿No te parece que hemos esperado demasiado tiempo?

Isac miró largamente a Mertel. Su cerebro funcionaba aprisa,

pero aún no había encontrado la solución al problema que se le había planteado inopinadamente.

—Eso es imposible. Cuando escapamos de Aurdom nos llevamos la sorpresa que él Orden había llegado allí poco tiempo después y los nativos les contaron lo sucedido. Por suerte dirigieron sus investigaciones hacia un tipo que los aurdomitas llamaba Lei Colent, y no a nosotros. Pero nos fue imposible intentar vender una cantidad tan grande sin levantar sospechas. Y ese peligro aún no ha desaparecido. Aunque hayan pasado varios años aún debemos esperar el momento.

—Me es igual. Dame mi parte. Creo que puedo largarme a otro lugar de la Galaxia y venderlas allí.

—En ningún sitio las pagarán tan bien como en el sector Oulax —apuntó Surky.

—Largaré mi parte por lo que sea. Ya estoy cansado de todo.

—No, Mertel. No consentiré que cometas una locura. Es posible que tengas razón y las cosas estén un poco revueltas ahora. Si intentas marcharte con tan peligroso cargamento en una nave comercial es fácil que te descubran. Hagamos un trato.

—¿Cuáles?

—Espera un par de semanas o tres. Entonces nos marcharemos los dos. Sé de un mundo en Sagitario en el que las gemas se cotizan tan bien como aquí. En ese tiempo la vigilancia en los puertos del espacio se habrá suavizado considerablemente. Claro que si prefieres largarte por tu cuenta en la nave que utilizamos para los asaltos…

Mertel movió la cabeza.

—Es imposible. Cuando la *Gran Solex* escapó, estoy seguro que tomaron buena nota de sus características. La tengo abandonada, sin atreverme a usarla. Por eso viajé en las líneas regulares. Y la vieja nave que usamos para el traslado de fugitivos es un trasto del que no me fío. Está bien, Surky; te haré caso. Pero antes de marcharme…

—¿Necesitas algún dinero para pasar estos días?

—Tengo bastante. Deseo ver las gemas.

Isac enarcó una ceja.

—¿Crees que las tengo aquí?

—Nunca me dijiste dónde las guardabas y eso nunca me gustó.

Ya es hora que lo sepa.

Isac se echó a reír.

—Hasta ahora no he comprendido lo desconfiado que eres. ¿Temes que te vaya a engañar?

—¿Por qué no? Ya engañamos juntos una vez a Letf Cohén. ¿Por qué no ibas a estafarme tú ahora a mí?

—De acuerdo. Iré a recoger unas cosas a mi despacho. No temas. Se trata de algo imprescindible para que podamos llegar hasta las joyas.

Isac se marchó por una puerta lateral, dejando a Mertel, quien empezó a distraerse observando la vivienda. Tuvo que reconocer que Isac se había sabido rodear de todas las comodidades posibles. Anduvo hasta el extremo del salón y empujo una puerta. Era el dormitorio, amplio y confortable.

La mirada de Mertel se posó inmediatamente en la maleta colocada sobre el lecho. Sus labios se apretaron y regresó al centro del salón al mismo tiempo que Isac volvía. Sonreía y llevaba en la mano un codificador.

—Vamos. Afuera tengo un vehículo. En unos minutos estaremos donde las joyas.

Mertel le siguió en silencio. Salieron de la casa y se dirigieron hasta la parte trasera. Allí estaba un volador pequeño, del último modelo. Un costoso juguete, pensó Mertel.

Isac se puso a los mandos y elevó unos metros el vehículo. Lo tuvo que estabilizar a cierta altura, respetando las leyes del tráfico, ya que pasó por encima de ellos una nave grande, con los emblemas del Orden en sus costados.

—Suelen patrullar algunas veces por aquí —dijo tranquilamente Isac. Ya tenía vía libre e imprimió más velocidad a su volador.

Atrás quedó la nave del Orden. Ni Mertel ni Isac la vieron describir una pequeña curva y descender segundos después sobre la casa que habían dejado.

—¿Dónde tienes escondidas las gemas? —preguntó Mertel.

—En el lugar que menos te puedes figurar —rió Isac—. Y el más seguro también.

Mertel decidió no hacer más preguntas. Se limitó a estar alerta a cualquier gesto sospechoso de Isac. De él temía lo peor, una vez que había descubierto que pensaba marcharse de Caminia aquella

misma tarde, y que sólo su inesperada llegada lo había impedido.

—Aquí es —dijo Isac, deteniendo el volador sobre el aparcamiento situado en el terrado de un alto edificio, construido al lado del puerto del espacio.

Mertel miró al exterior. En su rostro se dibujaba una profunda sorpresa.

—Es el banco Union Oulax —tartamudeó.

—Ya te dije que el lugar era singular.

—¿Por qué aquí?

—El banco dispone de un servicio de bóvedas especial. Solamente los clientes tienen acceso a ellas. Los detectores de entrada sólo trabajan para descubrir cualquier intento de introducir explosivos o drogas. Todo lo demás tiene franquicia absoluta. Es realmente automático. Ningún ser viviente nos verá, ni siquiera nuestra visita será controlada.

Bajaron por un ascensor especial, reservado exclusivamente a los clientes de las bóvedas, hasta el sótano. No encontraron a nadie por el camino. Al entrar en un corredor, Isac tuvo que mostrar su codificador a una máquina controladora. Tuvieron que esperar unos segundos para que la puerta les fuera abierta.

—¿Por qué no se abre? —le preguntó, impaciente, Mertel.

—Tranquilo —sonrió Isac—. Es posible que algún cliente esté saliendo. Entonces el cerebro electrónico bloquea los demás pasos, para que otros clientes no puedan verle. Un sistema de seguridad muy… conveniente.

La puerta que les cerraba el paso se abrió y penetraron en un corredor de acero. Llegaron hasta una sala enorme, llena de cámaras acorazadas. Isac se dirigió hacia una de ellas e introdujo en una ranura el codificador. Instantes después, la puerta se abrió.

Isac entró resueltamente en la estancia blindada. Mertel le siguió. Apenas había entrado cuando la puerta se cerró, y no pudo reprimir un grito.

—No temas —le dijo Isac, soltando una carcajada—. Se cierra para evitar que algún otro cliente nos vea dentro si se le ocurre venir aquí a visitar las pertenencias que tenga guardadas en su bóveda.

En la cámara, sobre unos soportes de acero, únicamente estaban dos cajas metálicas. Se dirigieron a ellas e Isac las abrió.

Un torrente de luz multicolor surgió de las cajas. Hacía muchos años que Mertel no veía las gemas que sacaron de Aurdom. Ante ellas, se quedó extasiado. Hundió sus manos en las piedras y dejó que éstas resbalaran por sus dedos.

—Ya está bien. Ya las has visto. Ahora debemos irnos —dijo Isac, empezando a cerrar las cajas.

Mertel le detuvo con un violento ademán.

—Una me pertenece. Me la llevaré.

Isac le miró con furia.

—¿No acordamos que sólo las querías ver y que nos marcharíamos dentro de unas semanas juntos? ¿A qué viene esto ahora?

El puño derecho de Mertel se proyectó con fuerza contra el mentón de Isac, derribándole al suelo.

—Pretendías engañarme una vez más. Pensabas volver más tarde a recoger las dos cajas. Esta vez no serás más listo que yo, Isac.

Desde el suelo, Isac se restregó la mandíbula dolorida.

—He tenido millones de oportunidades de marcharme con esta fortuna durante años. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Pensabas marcharte esta misma tarde. Vi la maleta medio preparada en tu dormitorio. Tú trabajas en un sitio ideal para saber lo que sucede a nuestro alrededor. Has debido de averiguar que el Orden está interesado en descubrir el máximo número de culpables de asesinatos y robos en el sector Oulax ocurridos antes de su llegada. Y el caso Aurdom debe ser el que tengan más interés en resolver. Por lo tanto, consideraste que la situación había llegado a su límite permisible. También te descubriste cuando me dijiste que sabías de un mundo en Sagitario donde pagan bien las gemas. Te preocupaste en saberlo por si llegaba el día en que tuvieras que marcharte sin poder vender el tesoro en Oulax. ¡Todo lo tenías dispuesto, excepto que yo me presentaría hoy en tu propia casa!

—Estás disparatando, muchacho —musitó Isac, empezando a levantarse muy despacio.

—Ahora es cuando pienso cuerdamente. Estoy seguro de que todos estos años sólo deseabas que yo muriera en algún trabajo de los que me confiabas para así verte de una vez libre de mi molesta presencia.

Mertel empezó a dirigirse hacia Isac, pero éste retrocedió poniéndose fuera de su alcance, al tiempo que en su mano aparecía una pequeña pero mortal pistola calorífica.

—Quieto ahí, estúpido —silabeó Isac. Toda su hasta entonces amabilidad había desaparecido, dejando paso a una expresión llena de ira.

El otro se detuvo, pareciendo haber tropezado con una invisible pared. Miró fijamente el arma de Isac, reconociendo que, aunque de pequeño tamaño, podía convertirlo en una tea humana.

—La verdad es que no quería llegar hasta este extremo. Es cierto que pensaba largarme con todo el tesoro, pero nunca pasó por mi imaginación asesinarte.

Mertel tragó saliva y dijo trabajosamente:

—Te creo. Tú nunca te manchaste de sangre. Tuve que ser yo, aquel día que fuimos a cazar al norte de Aurdom, quien contaminara los depósitos de agua.

—De no haber sido tan curioso hubieras salvado la vida, Mertel. Te hubiera dejado aquí chasqueado, pero vivo.

—No podrás llevarme a ningún sitio para liquidarme, Surky.

Isac abrió los ojos asombrado y luego rompió a reír.

—¿Quién dice que voy a sacarte de aquí? Te mataré en este mismo lugar. Tengo alquilada esta bóveda por diez años. Hasta entonces no la abrirán. Y ya estaré muy lejos, me habré construido una vida totalmente nueva gracias a dos idiotas: tú y Letf Cohén. Es una lástima que lo hayas descubierto todo, Mertel. Hubieras podido seguir con la organización que montamos juntos, aunque no habrías ganado mucho dinero.

Mertel dio un paso e Isac le contuvo con un gesto imperioso de su mano armada. Sonrió al ver sudar a Mertel, palidecer.

Deshizo el paso que había dado. Mertel leía la determinación de matarle en la mirada de Isac. Le observó cómo sacaba su codificador y lo alojaba en la ranura de la puerta de acero, que empezó a abrirse. Aquello significaba que no había nadie en el exterior. Ningún otro cliente podría entrar mientras estuviera abierta.

Mertel deseó maldecirse a sí mismo por su estupidez. Ya que descubrió la jugada de Isac debió matarle antes que dejarse atrapar en aquella encerrona. Pero si no lo hizo fue porque había deseado

averiguar antes dónde estaba el tesoro de gemas.

Decidió jugárselo todo a una carta. Pensó que Isac no estaba acostumbrado a matar. Mertel creyó que podía sorprenderle, esquivar el arma y…

Casi saltó en un momento de distracción de Isac, pero no tuvo de ventaja los suficientes segundos.

Isac apretó el disparador, un dardo de fuego surgió de la boca de la pistola estrellándose contra el pecho de Mertel.

Inmediatamente, los aspiradores de la cámara acorazada absorbieron el humo y el olor a carne achicharrada, a huesos calcinados.

El asesino salió de la cámara después te tomar las dos pesadas cajas metálicas. No quiso volver a mirar los restos abrasados que quedaban cuando hizo que la pesada puerta se cerrase. Pensó que ésta no volvería a abrirse hasta dentro de diez años, cuando el banco considerase cancelado el contrato de arrendamiento con el desconocido cliente.

Isac anduvo por los corredores en busca de la salida. Fue hacia la primera que vio y usó su codificador para que se abriera, sin molestarse en averiguar si al otro lado había algún posible cliente esperando para entrar cuando él saliera.

Si así lo hubiera hecho, Isac habría comprendido que al otro lado de la puerta esperaban varias personas. Entonces tendría que haberse dirigido a otra para salir sin ser visto.

Pero Isac no estaba acostumbrado a matar con sus propias manos, a ver caer a su víctima a sus pies. Aquellos enojosos trabajos siempre los ejecutaban quienes estaban a sus órdenes. La sensación de náuseas que le embargaba le impidió ser prudente.

Nerviosamente, pulsó el codificador introducido en el cierre.

Y la puerta se abrió.

Entonces Isac comprendió su error, cuando lo primero que distinguió fueron varios uniformes de negro y plata, además de una persona vestida de civil.

EPÍLOGO

Desde la torre de control de la sección militar del puerto del espacio de la ciudad-capital de Caminia, Adán y Alice vieron partir una nave del Orden.

—El mariscal Stonehen estará satisfecho —comentó Alice siguiendo con la mirada el dardo de plata ascender por el cielo—. Enviamos al más importante criminal del sector Oulax.

—Aún quedan muchos que deben pagar sus culpas —replicó Adán.

—Irán cayendo.

—Pero no seremos nosotros quienes tengamos que realizar ese molesto trabajo —sonrió Adán—. Afortunadamente, mañana mismo nos marchamos de Oulax. Stonehen consintió, al fin, en relevarnos de la misión.

—¿Qué le dijiste?

—Que esto era un trabajo más apropiado para investigadores profesionales, no para toda una unidad exploradora.

—Adivino lo que te respondió primeramente.

—¿Segura?

—Claro. El mariscal dijo que no comprendía cómo podías decir semejante cosa cuando en un plazo mínimo hemos podido descubrir quién ocasionó la matanza en Aurdom.

—Es cierto. Pero al final cedió. Me aseguró que esta noche recibiremos instrucciones. Me insinuó algo, desde luego.

—¿De qué se trata esta vez?

—Parece ser que en Aquila Menor existe una guerra local que dura ya muchos años. Aunque no tenemos jurisdicción allí porque esos planetas no pertenecen al Orden, Stonehen piensa que podemos investigar y hacer un informe de lo que está sucediendo.

—El asunto parece atractivo —sonrió Alice. Se apartaron del mirador y empezaron a caminar.

—Antes de resolverse el caso Letf Cohén, Adán, cuando aún no estábamos seguros de la inocencia de tu amigo, te pregunté si estabas dispuesto a entregarle si no pudiera demostrar su inocencia.

Adán tomó a la mujer entre sus brazos y la besó.

—Te ruego que no me hagas contestar a esto. ¿Puedo tenerte alguna vez un secreto?

Ella respondió a la caricia y sonrió:

—No hace falta que me respondas. Creo que los más firmes cimientos del Orden se hubieran estremecido de haber sabido tus pensamientos. Estoy segura que habrías dejado huir a Letf si hubieras estado seguro de su inocencia, si no pudieras demostrarla. Para ti era suficiente creer.

Él le tapó la boca con un dedo.

—Silencio, querida. ¿Qué pasaría si alguien lo escuchara?

—Si has llegado a ser lo que eres es porque el Orden a veces necesita humanizarse. Es preciso que sus miembros piensen por sí mismos, que no actúen como autómatas. Si fuese así, nuestra organización sería horrible.

Adán se detuvo pensativo.

—Letf dejó el Orden porque no llegó a comprender que no todo en él es frialdad, que el alto mando elige también a hombres que lo humanizan. Me temo que obró precipitadamente.

—Pero él eligió su vida.

Bajaron por las escaleras hasta las oficinas. Allí un ordenanza les comunicó que Letf Cohén deseaba verles.

Mientras el ordenanza se retiraba para avisar a Cohén que podía pasar, Adán susurró a Alice:

—Celebro que estés conmigo. Éste es un momento que me gusta compartir a tu lado.

Letf Cohén entró en la estancia. Saludó a sus amigos efusivamente. Lucía una sonrisa tímida, como si no estuviera acostumbrado a ella. Su mirada aún no había dejado de ser melancólica.

—Vengo a despedirme. Pienso hacer caso al bueno de Uormer y volver a la Tierra. Hace años que no la veo.

—Te agradará saber que hemos logrado desarticular toda la organización que tenían montada Surky y Mertel —dijo Adán—. Los que consiguieron escapar, muy pocos, apenas cuentan.

Letf torció el gesto y desvió la mirada de sus amigos.

—Aquella tarde, junto a la salida de las bóvedas del banco, me sucedió algo extraño —dijo.

Adán y Alice permanecieron en silencio, aguardando la continuación de las palabras de Letf.

—Durante años he sentido un profundo odio —siguió éste— hacia Mertel y Surky. Siempre pensé que cuando tuviera delante a cualquiera de ellos lo iba a estrangular con mis propias manos. Sin embargo, cuando aquella tarde Surky apareció delante nuestro cargado con las gemas, lo miré fríamente, casi con desprecio. Al parecer mi odio no era tan profundo. ¿Qué sucedió en realidad?

Adán le puso la mano en el hombro y dijo:

—Es sencillo. Aún conservabas, te pese o no, la educación que recibiste en la Academia del Orden, la que nos enseña a combatir a nuestros enemigos, no a odiarlos. Sabemos controlar a veces nuestras emociones a cambio del bien común, Letf. Aunque hubieras tenido un arma en tus manos no la habrías utilizado contra Surky, pese a tenerlo indefenso frente a ti. Sabías que era preciso que viviera, para que por él descubriéramos a todos los que trabajaban en la organización, para demostrar al mundo quién fue realmente el que ocasionó la masacre en Aurdom y, sobre todo, para que tu inocencia fuera conocida.

Letf asintió.

—Es posible que así sea, Adán. Ahora comprendo por qué tienes bajo tu mando una unidad exploradora. Sabes pensar por ti mismo.

Y calló para pensar en lo que sucedió aquella tarde. Cuando llegaron a la vivienda de Surky tuvieron tiempo de ver su coche marcharse de ella. Aguardaron un rato para no despertar las sospechas de Surky y luego le siguieron a distancia con los detectores hasta el banco.

No pudieron impedir que Surky entrase con Mertel en las bóvedas, pero sí esperarle en la salida. Las bloquearon todas excepto la que estaba más próxima a la cámara alquilada por Surky, pensando que iba a ser ésta la que utilizaría.

Surky se desplomó al verlos. Ya no podía ocultar nada, negar la evidencia. En el interior de su bóveda había un cadáver achicharrado. Y él llevaba encima las gemas con las que los habitantes de Aurdom pagaron unas vacunas que nunca llegaron a

recibir.

—Salimos mañana a primera hora, Letf —le dijo Alice, sacándole de sus pensamientos—. Nos dirigiremos a Aquila Menor. Pero antes pasaremos por Aurdom.

Al oír este nombre, Letf alzó la mirada, que se transformó en ausente.

—Ya corre allí la noticia de que el culpable verdadero será castigado, y que el hombre que ellos conocieron por Lei Colent es inocente —siguió Adán—. Puedes ir allá cuando lo desees.

—Nunca me atrevería…

—¿Temes destruir en un segundo la esperanza que te ha mantenido con deseos de vivir estos años? ¿Descubrir si Ninua murió en la epidemia o no?

—Es posible que sea eso…

—Cuando aún no podías probar tu inocencia, Letf, me comuniqué con el Centro del Orden en Aurdom. Sentía deseos de averiguar si Ninua había sobrevivido a la epidemia.

Letf cerró los ojos cuando preguntó:

—¿Qué te respondieron?

—Ella vive. Su padre también se salvó, aunque murió hace dos años de forma natural. ¿Sigues sin desear volver?

El hombre abrió los ojos. Brillaban, pero pronto dejaron otra vez paso al desaliento cuando dijo:

—Ella me creerá, pero no muchos de sus compatriotas. Aunque el Orden le asegure que yo no fui, nunca podrán olvidar que acompañé a los hombres que provocaron la epidemia. Siempre deseé vivir en ese planeta, pero ya no será posible. Los recuerdos serán más fuertes.

—¿Más fuerte que tu amor por Ninua? —inquirió Alice.

—Eso es distinto totalmente.

Alice sonrió. Tomó del brazo a Letf y lo condujo hacia la salida de la torre de control. Adán les siguió. Juntos los tres, ella dijo:

—Vendrás con nosotros, Letf. Hace un rato hablé con Ninua. Ella te espera. Sigue siendo tuya, nunca dejó de serlo. Si te parece, os dejaremos en Lira. Allí haremos un alto en nuestro viaje a Aquila Menor. Así se lo propuse a Ninua y me gritó que sí. ¿Qué respondes tú?

—Estoy seguro que Áurdom es un planeta maravilloso, pero tu

idea de volver a la Tierra también agradará a Ninua. Vamos, Letf. Esperamos tu respuesta.

Se habían detenido junto a la salida de la torre. Frente a ellos, a unos centenares de metros, se alzaba la gigantesca mole de la *Silente*. Señalándola y sonriendo como no lo hacía desde diez años atrás, Letf dijo burlón:

—Que ese cacharro debería partir ahora mismo y no dejarlo para mañana.

FIN